

Estel

Revista oficial de la Sociedad TOLKIEN Española



Verano
2010

67 



**El sexo de
los elfos**

**Día Tolkien
en Pelargir**

**«Microrrelatos»
de la XV Mereth
Aderthad**

~ Էսթել թիշարան 17 Գիշար Կ Եւե ԻՇ Դիկր 1 Էրձ 1 Վիթրոնիան Դոճ Դըճ Դո թոթ Ե Գրոնիան Դրճյոա ԴոնԳոադի ~

Nº 67

Verano 2010

ESTEL

es una palabra élfica que significa «esperanza» y es también el nombre que toma esta revista dedicada al estudio de la obra de J.R.R. Tolkien en el seno de la Sociedad Tolkien Española

Edita:

Sociedad Tolkien Española

Realiza:

Smial de Edhellond (Valencia)

Director:

Paco «Lórinlor» Soliva

Coordinadora:

Matilde «Yavanna» Julián

Responsables de secciones:

Santi «Narnaron» Álvarez,
Paco «Lórinlor» Soliva,
Magalie «Wilwarin Undómo» Peiró

Lectura y corrección:

Adela «Morwen» Torres,
Helios «Imrahil» De Rosario,
Magalie «Wilwarin Undómo» Peiró,
Juan «Elbeanor» Gómez,
Santi «Narnaron» Álvarez,
Conrado «Lindendil» Badenas

Imagen e ilustración:

Sylvia «Fimbrethil» Vidal

Maquetación:

Sylvia «Fimbrethil» Vidal,
Paco «Lórinlor» Soliva,
Helios «Imrahil» De Rosario,
Meritxell «Aldariel» Ferrer

Contacto Postal:

C/ Planas 17, 2
46006 VALENCIA

Direcciones de Internet:

estel@sociedadtolkien.org
esteli@sociedadtolkien.org

¡APÚNTATE!

Si tienes esta revista en tus manos (o en tu pantalla), podría decirse que te interesa la obra de J.R.R. Tolkien. ¿Sabes que la Sociedad Tolkien Española organiza anualmente conferencias, talleres, mesas redondas y otros tipos de actividades relacionadas con el mundo que creó Tolkien?

La Sociedad Tolkien Española necesita socios. Tanto esta revista como el libro que recoge los Premios Gandalf y Ælfwine, tanto la convención anual (EstelCon) como las listas de correo... todo eso está vacío sin socios. Está vacío sin ti.

Si quieres saber más o ya has decidido apuntarte, entra en www.sociedadtolkien.org o escribe un correo electrónico al secretario: secretario@sociedadtolkien.org.

¡Te esperamos!

Proyecto Ardarathorn: Sistema de Notación Arda

En la ESTEL usaremos el Sistema de Notación Arda siempre que nos sea posible, así que te invitamos a que conozcas el Sistema y el Proyecto Ardarathorn.

Basado en el Sistema de Notación Arda, el Proyecto Ardarathorn consiste básicamente en un archivo de concordancias inglés-castellano que relaciona en ambos idiomas los inicios y finales de cada párrafo, incardinados en su capítulo correspondiente, de las principales obras de J.R.R. Tolkien sobre la Tierra Media (*El Hobbit*, *El Señor de los Anillos* y *El Silmarillion*) con el fin de localizar exactamente cualquier texto de dichos escritos dada una cita basada en el Proyecto.

Puedes descargar el archivo desde la web de la Sociedad Tolkien Española:

www.sociedadtolkien.org

Fe de erratas

En el número anterior incluimos por equivocación la ilustración *Laying on the grass*, de Lourdes Vélez (p. 8), destinada a acompañar el poema *A Tolkien*, de Leyre Lado. Pedimos disculpas a las autoras, cuyo trabajo se presenta correctamente en la contraportada de este mismo número.

Índice

Créditos.....	Portada interior
Editorial	1
El sexo de los elfos.....	2
La historia jamás contada en <i>El Hobbit</i>	12
La ideología tolkieniana en los cuentos infantiles.....	13
La travesía del puerto de Pelargir	16
Pelargir y el IES Triana, unidos por Tolkien	18
Oda a la Comarca.....	20
Tolkien y los estudios de género.....	22
El cuento de la doncella.....	26
Grimorio filológico para lectores de <i>El Señor de los Anillos</i>	28
Crónica de la Mereth Artúrica de Erebor	37
English Corner	40
Direcciones.....	41
A Tolkien.....	Contraportada

Ilustraciones

Portada: *Jardines* de Jessica Martin-Garwood «Vilya-Lisse»
Pág. 3: *Arwen* de Ana Pomares «Hithsirwen»
Pág. 4: *Celebwen of Dol Amroth* de Marta L. Gutiérrez Albarrán «Emeldir Peredhel»
Pág. 7: *Paisaje* de Luis Gans Sanmartín «León Serbal Altobosque»
Pág. 9: *Sketch of Nimrodel* de Marta L. Gutiérrez Albarrán «Emeldir Peredhel»
Pág. 11: *Rivendell Harpists* de Marta L. Gutiérrez Albarrán «Emeldir Peredhel»
Pág. 13: *Dragón Blanco* de J.R.R. Tolkien
Pág. 14: *El Dragón Blanco persigue a Roverandom* y *al Perro de la Luna* de J.R.R. Tolkien
Págs. 14 y 15: Ilustraciones de *El Señor Bliss* de J.R.R. Tolkien
Pág. 16: *Boat* de Pauline Baynes
Pág. 17: *Flag* de Légolas Kelerion
Págs. 18 y 19: *Welcome to the Shire* de Lourdes Vélez «Beleg Arcofirme»
Págs. 20 y 21: Fotos de Delia Martin-Garwood «Narya-Mithrandir»
Pág. 23: *Retrato* de Légolas Kelerion
Pág. 24: *Desacuerdo* de Légolas Kelerion
Pág. 27: *Minas Tirith* de Luis Gans Sanmartín «León Serbal Altobosque»
Pág. 29: *Reyerta* de Luis Gans Sanmartín «León Serbal Altobosque»
Pág. 30: *Rey Brujo* de Luis Gans Sanmartín «León Serbal Altobosque»
Pág. 33: *Divisando Fuego* de Luis Gans Sanmartín «León Serbal Altobosque»
Pág. 34: *Fragmento del mapa* de SA de Christopher Tolkien
Págs. 35 y 37: Fotos de Antonio Rodríguez «Grichan»
Págs. 36, 38 y 39: Fotos de Francisco Jaqueti «Valandil»
Contraportada: *Laying on the grass* de Lourdes Vélez «Beleg Arcofirme»

Nuestro agradecimiento a **Ediciones Minotauro** por su amable disposición a colaborar con la STE.

ESTEL es una **publicación sin ánimo de lucro**. Ni la Sociedad Tolkien Española ni el equipo editor se hacen responsables de las opiniones expresadas por los autores de las obras recogidas en esta revista, ni tienen necesariamente por qué compartirlas.

Depósito legal: B-10953-96
ISSN edición impresa: 1696-3059
ISSN edición digital: 1989-8533

Editorial

Qué cosas hago por amor.

Jaime Lannister en *Juego de Tronos*; *George R.R. Martin*; Ed. *Gigamesh*.

Ya sé, ya sé que para Jaime Lannister no es más que un sarcasmo diabólico y homicida pero, en otro contexto, no tiene por qué ser así. ¡Maldita sea: me fastidia sobremanera que los malvados desvirtúen las palabras hermosas! En otro contexto... Bien. Así pues ¿qué hago por amor en la STE? Bueno, querido amigo y lector, hacemos muchas cosas.

Los socios protectores, por ejemplo, son una forma institucionalizada de amor a la STE, en mi humilde opinión. En efecto, un socio protector paga una cuota mayor a cambio de... ¡nada! Excepto la Comisión Permanente y aquellos que lo son, nadie sabe quiénes son socios protectores de la STE. ¿Esperan reconocimiento, gloria o medallas? En absoluto, aunque me consta que agradecen las cartas que los Presidentes —y la CP por extensión— les mandan cada año.

¿Por qué algunos de los tipos más listos y sabios que conozco se dedican a organizar jornadas, seminarios y conferencias en Fundaciones, Asociaciones, Bibliotecas, Ayuntamientos y Universidades? ¡Ah, ya sé lo que piensas! Crees que es *curriculum*, que así se ganan puntos para obtener una cátedra o cualquier otro beneficio material o laboral. Bueno, si el premio es una cátedra, un expediente más nutrido o un estipendio, pues bendito sea y me alegraría mucho que el mundo reconociese el valor y la sabiduría de mis amigos. Sin embargo, conozco a muchos de ellos y sé que no les impulsa otra cosa que la finalidad expresada en nuestros Estatutos, el amor a la figura y la obra de Tolkien y a nosotros como STE.

Entonces llegan unos locos y se ponen a organizar una *Mereth*. ¿Por qué lo harán? Ya, claro, porque están locos. Pero yo no despreciaría la parte de amor que integra esa locura, de amor hacia el resto de la STE y a todos los invitados que acudirán a la fiesta. Ellos, los organizadores, han empleado mucho tiempo, dinero y esfuerzo en la decoración, la ambientación, la infraestructura, la logística y muchos detalles; pero en la *Mereth* van a dormir menos que nadie, se van a perder la mayoría de las conferencias, las actuaciones y los juegos, probablemente comerán algo —robado del comedor— mientras corren de camino a sustituir ese foco que no va bien o a buscar el reproductor de CDs para cantar canciones que otros locos compusieron.

Pero todo esto no funciona si no hay al frente algunos de los sabios de antes que se ocupen del aspecto mundano y legal. A la mayoría les gusta tanto como jugar al tenis con un panal de abejas. La responsabilidad, queridos amigos, es una faceta del amor, y de eso van sobrados los presidentes de smial, de Comisiones, de la Biblioteca, de la Web y los integrantes de la CP. Podrían dedicar su tiempo libre a ir al cine, a leer o a cualquier otro quehacer, pero se reúnen, programan, proyectan, median, resuelven, cuentan y trabajan para ti y para mí. Se merecen todo nuestro respeto y admiración y no por otra cosa escribo estas líneas aquí.

¿Y yo, que quizá no me cuente entre ninguno de los paradigmas antes reseñados? Pues tú, amigo, aquella vez, usaste tu coche y tu gasolina e hiciste un viaje para beneficio de unos socios o la STE y nadie te lo pagó y a nadie se lo reclamaste. En otra ocasión compraste algo para el smial o usaste tu impresora o tu ordenador o tu teléfono y actuaste de la misma forma. Un día prestaste tu Estel o un libro a alguien que no te lo devolvió y, en muchas ocasiones, empleas tu tiempo y haces cosas que —sabes— a otros no harías o harías a cambio de una ganancia. Amigo: ¡hay que ver qué cosas haces por amor!

Se me olvida algo... ¡Claro! El equipo de la revista. Bueno, aunque resulte interesado, no me cabe duda de que hacen muchas cosas por amor. Esperamos que tú también lo creas. Vaya: qué cosas hago por Estel.



El sexo de los elfos

Helios De Rosario Martínez «Imrahil»

—¿Qué me cuentas de esos hombres-árboles, esos gigantes, como quizá los llames? Dicen que vieron a uno mayor que un árbol más allá de los Páramos del Norte no hace mucho tiempo.

— ¿Quiénes lo vieron?

— Mi primo Hal, por ejemplo. Trabaja para el señor Boffin en Sobremonte y sube a la Cuaderna del Norte a cazar. Él vio uno.

—Dice que lo vio, quizá. Tu Hal siempre dice que ve cosas, y quizá vea lo que no hay.

—Pero éste era del tamaño de un olmo y caminaba; caminaba dando zancadas de siete yardas como si fuesen apenas un palmo.

— Entonces te apuesto a que no era un palmo. Lo que vio era un olmo, lo más probable.

—Pero éste caminaba, y no hay olmos en los Páramos del Norte.

—Entonces no vio ninguno —dijo Ted.

Se oyeron risas y aplausos; la audiencia parecía pensar que Ted se había apuntado un tanto.

(SA 1 II:17-24)

El presente texto es una ampliación del artículo con el mismo título, publicado en la lista de correo Soctolkien el día 29 de abril de 2010 (mensaje número 29206), al que se le ha incorporado un análisis más detallado, especialmente acerca de la nomenclatura mitológica en la cultura inglesa.

Pobre Ted Arenas! Qué triste personaje: Sam Gamyi pone ante él uno de los misterios más enigmáticos de la Tierra Media (la presencia de ents fuera de Fangorn... ¿y quién sabe si un encuentro con las ent-mujeres?) y él, intentando hacer un alarde de ingenio, no ve más que un motivo para jugar al diálogo de besugos. Lamentablemente los «Teds» son una especie abundante. Es fácil caer en esa actitud, aunque sea ocasionalmente, y algunos lo tienen por costumbre.

Lo que me lleva a escribir este artículo es, precisamente, una

de esas bromas recurrentes, que entra en contacto con un tema que merecería ser mirado con más inteligencia: la ambigüedad sexual en los elfos. Lamentable y enervantemente, casi siempre que alguien menciona el asunto es por hacer el chiste fácil, o a veces provocar al personal. Y sin embargo la cuestión enlaza con algunos aspectos de la literatura y la mitología muy interesantes, y sorprendentes en algunos detalles.

Elfo: *fairy* y *elf*

Pongamos las cosas claras para empezar: al margen

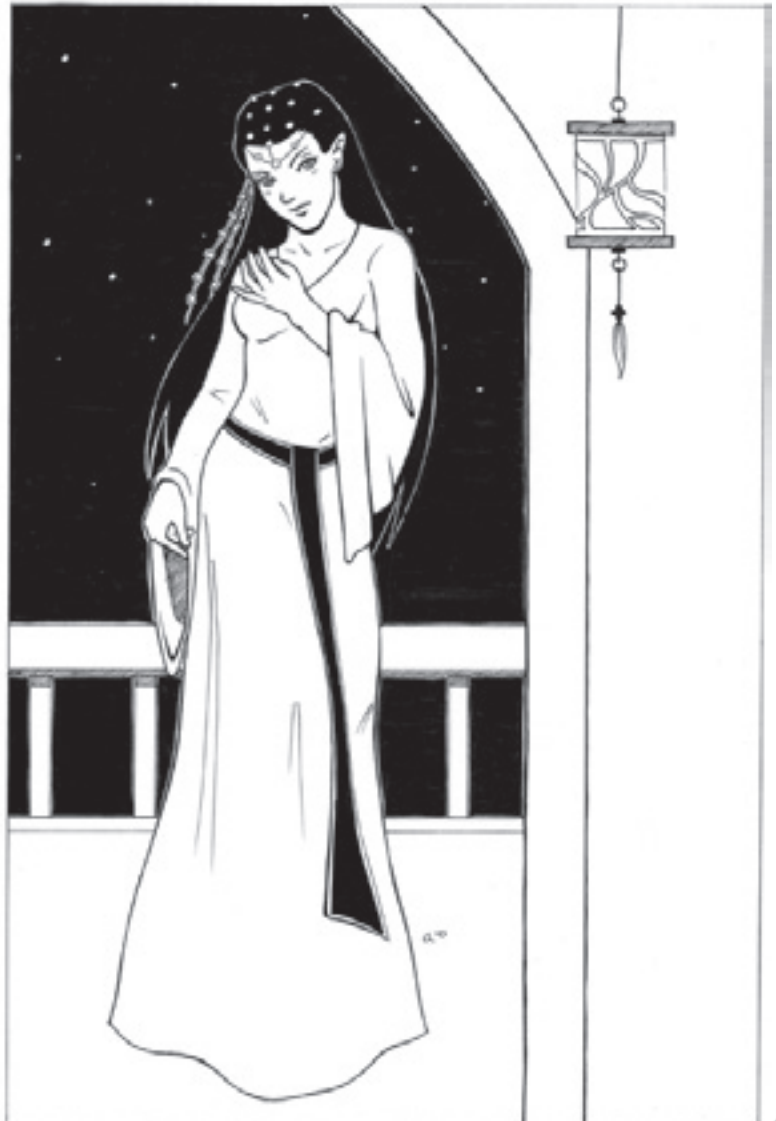
de la «chispa» que se quiera conceder a los humoristas que recurren al elfo afeminado o con tendencias homosexuales (comenzando por el Legolam de *Bored of the Rings*, allá por los años 60), lo que desde luego no se puede decir es que sean muy originales sacando punta a las características de los personajes de Tolkien. De hecho las descripciones y acciones de los elfos de Tolkien en realidad dan poco pie a ese tipo de parodia. En realidad el chiste es la simple repetición de un viejo estereotipo que se remonta a la época victoriana, cuando la jerga inglesa ya utilizaba la palabra *fairy*, que en inglés es sinónimo de *elf*, para referirse a los hombres homosexuales. El *Oxford English Dictionary* cita como mención más antigua con esa acepción el artículo de Colin A. Scott, «Sex and Art» (1896), que hacía referencia a sociedades clandestinas de homosexuales y travestidos en Europa y América, entre los que se encontraban los «Fairies» de Nueva York.

De hecho no hay que ir mucho más allá de lo dicho para explicar el porqué de ese estereotipo. La típica imagen victoriana del elfo/hada femenino, diminuta, delicada y alada como una mariposa o libélula es suficiente para procurar una caricatura como la que en español implica el apelativo «mariposón». Y esto se entiende aún mejor si se «piensa en inglés»: la traducción más próxima que tenemos a *fairy* es el término femenino *hada*, que por la interdependencia que tiene nuestro idioma entre género (elemento gramatical) y sexo (elemento biológico), sólo representa seres igualmente femeninos. Pero en inglés no es así: los seres llamados *fairies* pueden ser perfectamente de ambos sexos; de hecho, etimológicamente *fairy* es un nombre de género neutro, tan poco sexualizado como lo podría ser *geometry*. Por eso

fairy resulta tan «apropiado» para insultar a los hombres afeminados en ese idioma.

Y para la transferencia de esta idea a los elfos sólo hace falta tener en cuenta que, como ya he señalado, en inglés *elf* y *fairy* son considerados sinónimos. Este último paso puede costar un poco más de entender por las características de las tradiciones en nuestro idioma. Nuestros cuentos infantiles están bien poblados de hadas, de las cuales tenemos un prototipo muy claro, pero los elfos son una especie exótica,

más bien propia de tradiciones extranjeras, y en lo que nos ha llegado de éstas su imagen no cuadra con la tradicional de las hadas. Al margen de los de Tolkien, posiblemente el tipo de «elfo» que más ha trascendido en la cultura popular moderna es el enanito de casaca verde, medias y zapatos de punta retorcida que ayuda a Papá Noel en la fabricación de juguetes. Y también se alude mucho a los *álfar* de la mitología escandinava, aunque su imagen resulta mucho más ambigua: en muchos casos no se distinguen de los *dvergjar* (enanos, en cierto



grado semejantes a los *naugrim* de Tolkien), si bien en la Edda Menor Snorri Sturluson hace una clara diferenciación entre estos «elfos negros» y los más hermosos y angélicos «elfos de la luz», de los que casi nada más se dice en el resto de fuentes. Esto es igualmente cierto en la cultura anglosajona, pero en la literatura inglesa desde la Baja Edad Media en adelante, *elf* y *fairy* sí se han entrelazado a menudo, llegando a establecerse esa sinonimia de la que hablaba.

Por supuesto, es un hecho bien reconocido que el estereotipo femíneo y pizpireto de estos elfos/hadas no es propio de su origen, sino el producto de la moda literaria y la estética victoriana (siglo XIX y principios del XX), que a su vez exageró algunos motivos surgidos en la era isabelina (siglos XVI y XVII): como Tolkien bien señaló en su ensayo «Sobre los Cuentos de Hadas», a pesar de su modesto reconocimiento de no ser un experto en estos detalles, dichos estereotipos se desarrollaron a partir de invenciones literarias como las de Shakespeare en *Sueño de una Noche de Verano* o Drayton en su *Nymphidia*. En un reciente artículo publicado en *Mythlore* (28/3-4, pp. 65-84) también ofrezco un panorama de cómo fue evolucionando este concepto.

Pero también cabe preguntarse el porqué de aquellas invenciones shakesperianas: ¿salieron sin más de la imaginación de los escritores y artistas, o había algún ingrediente en la «sopa» mitológica que pudiera haberles inspirado? De haberlo, es fácil pensar que estuviera más relacionado con el término *fairy* que con *elf*. Ésa es de hecho la idea que se refleja en otro artículo que escribí sobre las hadas hace varios años (*Estel* 48, pp. 4-7), y hay varias razones para pensar de ese modo:

(1) El referente más habitual para ese tipo de seres mágicos y diminutos es *fairy*, que en la cultura moderna se utiliza bastante más que *elf*, salvo en casos muy especiales, como la obra de Tolkien.

(2) Aunque en inglés ambos términos son sinónimos, el uso específico de *elf* puede tener unas connotaciones distintas, generalmente menos amables. Así, según el *Oxford English Dictionary*, *elf* puede usarse para designar una subespecie de *fairies*, una clase específicamente masculina, o para referirse a seres menos diminutos y más malignos.

(3) *Elf* es de origen teutónico, y el uso de este término se remonta a la Alta Edad Media. *Fairy* es un término relativamente más moderno, de origen francés, introducido en la Baja Edad Media tras la conquista normanda. Y aunque se trata de otro estereotipo, lo habitual es valorar los conceptos modernos y afrancesados como ideas más refinadas que las antiguas de los «bárbaros» germanos.

(4) Se conservan pocas referencias literarias del término *elf* antes de entremezclarse con *fairy*. Pero entre lo poco que hay en inglés destacan las referencias a enfermedades y agresiones como el famoso «disparo élfico» (*ylfa gescot*, *elf-shot*), y el excepcional pasaje de *Beowulf* que los relaciona con la prole de demonios a la que pertenece Grendel. En la mitología escandinava los *álfar* se relacionan con los dioses y grandes héroes como Völundr. Por otra parte *fairy* se relaciona con las *Fāta* latinas (de donde proceden también las *hadas* españolas), seres femeninos de la mitología clásica que se caracterizaban por influir sobre el destino y la fortuna de los hombres, de forma positiva o también negativa, pero no por un carácter tan amenazante.

Todos estos argumentos apuntan a la misma dirección: la idea de que los elfos eran una especie mitológica más temible que las hadas en su origen, y que la feminización, así como la degradación conceptual introducida por las hadas en el folklore, es la que ha «arrastrado» a los elfos. Sin embargo, al analizar más críticamente estas ideas pude comprobar que dicho razonamiento es rebatible, y que de hecho algunos de los argumentos tienen sus puntos débiles.

El caso más claro es el de la tercera razón: como he destacado en ese punto, la dignidad atribuida a los antiguos motivos teutónicos frente a las ideas refinadas de los franceses en la Baja Edad Media es un mero prejuicio, aunque se trata de un prejuicio hacia el que Tolkien se sentía bastante inclinado, dicho sea de paso. Y en un examen más concienzudo del origen de *fairy*, se ve que la etimología mencionada en el cuarto punto es sólo un esbozo de su compleja historia, y que el sentido original de la palabra



parece tener unas connotaciones que no están contempladas arriba.

La etimología de *fairy*

Lo cierto es que la etimología de *fairy* ha sido tradicionalmente elusiva para los lingüistas, lo cual es sintomático de la confusión que ha existido alrededor de esta idea, no sólo en los tiempos presentes, sino también en siglos anteriores. Siempre ha sido muy evidente la conexión literaria de los *fairy tales* ingleses con los *contes de fées* franceses, o más claramente los *racconti delle fate* italianos que los vinculaba con la literatura romance y las *Fāta* clásicas, pero hasta que los filólogos se dotaron de métodos eficaces para rastrear la historia de las palabras, también abundaron las incertidumbres sobre su origen preciso. Y es que así como la relación lingüística entre *Fāta* en latín clásico con *fata* en italiano, *hada* en español, *fada* en provenzal, etc. parece obvia, de ahí a *fée* en francés o *fairy* en inglés parece haber un salto no del todo claro. Por esa razón, la etimología de los vocablos franceses e ingleses se definía a menudo en función de las modas intelectuales (igual que ocurre hoy con tantos otros aspectos culturales).

Una de las muestras más significativas de estos fenómenos se encuentra en el tratado sobre etimología de George William Lemon, de 1783, en los albores de la filología comparada, que cita dos supuestas etimologías para *fairy*. Una de ellas partía de las teorías renacentistas que vinculaban casi todo con la Grecia clásica, considerada la raíz de la cultura; así, *fairy* se asociaba con la palabra griega *θηρες*, referida a los monstruos y los sátiros.¹ La otra, perteneciente a la corriente celtista y juzgada por el propio Lemon como «mucho más acertada», procedía del coetáneo John Cleland (1768), que hasta rechazaba categóricamente

cualquier afinidad con las *Fāta*, prefiriendo su singular ecuación *fairy* = *mayrwee*, en referencia a las «dispensadoras femeninas de justicia» que, según comentaba, eran características de la cultura céltica (pp. 82ss).²

Sin embargo, entrado el siglo XIX los métodos de la filología histórica y comparada consiguieron explicar con claridad el aparente salto fonológico entre el término latino y los franceses o ingleses, que algunos de sus predecesores simplemente circunvalaron. En esta línea resulta muy interesante leer las sucesivas ediciones del tratado sobre historia de la poesía inglesa de Thomas Warton, en las que se va observando el progresivo refinamiento de las teorías. El editor anónimo de la versión de 1824 (Richard Price, según se supo por posteriores ediciones) presentó en el prefacio algunas divagaciones sobre las confusas hipótesis existentes hasta la época, incluyendo las que daban a *fairy* un origen griego, céltico, persa (a partir de *peri*, un tipo de criaturas mágicas) o latino (volumen I, p. (44)). Pero en el volumen IV de la misma edición (p. 482) se incluyó una nota a aquel prefacio, en la que se matizaban algunos detalles, conformando la visión que se presenta en la figura 1.

Price explicaba en aquella nota que el problema se reducía a desentrañar el origen de

la palabra francesa *fée* (o su equivalente inmediato *fay*, otro término inglés para las «hadass», aunque se usa mucho menos que *fairy* en la actualidad), pues *féerie*, del que *fairy* es el equivalente inglés, no era otra cosa que un término «obviamente formado a partir de *fée* del mismo modo que *diablerie* a partir de *diable*, o *chevalrie* a partir de *cheval*». Y establecido este principio, *fée* se exponía como un vocablo derivado en última instancia del latín *fātum* ('destino'): su plural *fāta* se empleó como el sobrenombre de las parcas, y de él se adoptó en latín vulgar el término singular *fata* (al que se le dio el plural *fatae*), del que proceden directamente todos los términos de las lenguas romances, incluyendo también el francés *fée*. La razón por la que *fée* podía entenderse como un reflejo de *fata* está claramente expuesta por Grimm en su tratado mitológico de la misma época (p. 410), donde compara este caso con otros como *aimée* frente a *amata* ('amada'), *née* frente a *nata* ('nacida'), etc. En un estadio más antiguo del francés la palabra en cuestión era *faé* (también escrita *faie*, *faye* y de otras formas), que fue la que se introdujo en inglés para dar lugar a *fay*, como el francés antiguo *faerie* fue la forma de la que derivó *fairy*.³

Esta explicación, intachable desde la perspectiva de la fonología histórica, ha sido

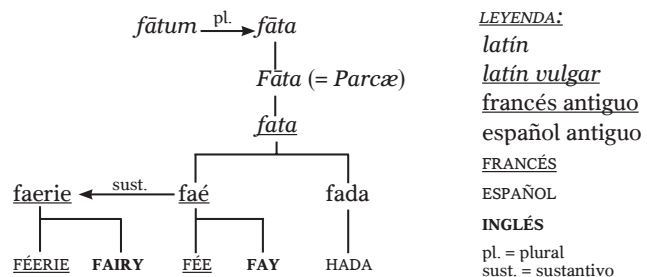


Figura 1. Etimología de *fairy*, según la teoría de Price (1824, citada por el Oxford English Dictionary)

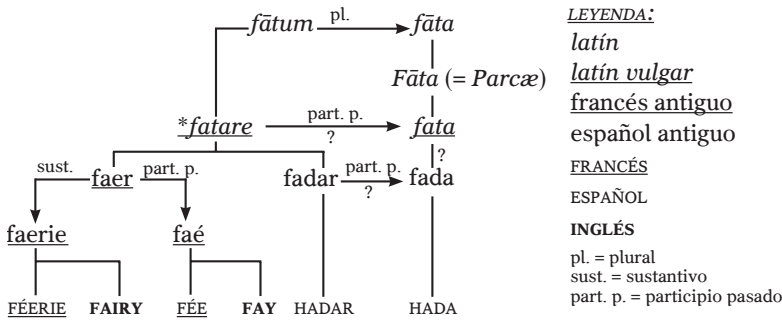


Figura 2. Etimología de *fairy*, según la teoría de Keightley (1834).

ampliamente respaldada y aceptada, hasta llegar a ser la que contempla el *Oxford English Dictionary*. También es, por esa razón, la teoría que cité en el artículo antes mencionado de hace algunos años. No obstante, en la edición de 1840 del libro de Warton, la nota etimológica sobre *fairy* fue ampliada por el propio impresor, Richard Taylor, citando una teoría más refinada que había enunciado Thomas Keightley en el apéndice de *Tales and popular fictions* (1834, pp. 339ss), y que es la que se refleja en la figura 2. Keightley señalaba que, a la vista del uso literario, el origen de *faé*, *fée* en francés, no estaba en las *fatæ* latinas, sino más bien en el verbo *faer*, que significaba ‘encantar’; verbo que, siguiendo las mismas reglas histórico-fonológicas antes comentadas en la nota 3 equivaldría en latín a **fatāre*, y cuya raíz era la misma que la de las *Fāta*, pero no aludía específicamente a ellas. *Faé* era, bajo esta perspectiva, el participio pasado de ese verbo (= ‘encantado, hechizado’), y *faerie* sería un sustantivo abstracto con el significado de ‘encantamiento’, ‘magia’. El diccionario de francés antiguo de Godefroy (1881, pp. 696–698) confirma estos usos, añadiendo al verbo y las palabras derivadas las connotaciones de ‘engañar’, ‘discurso encantador pero falso’.⁴

Desde esta perspectiva, el uso de la palabra *fairy* para designar a los elfos cobra otros matices.

No los asocia a seres específicos de la mitología clásica, sino que les da un nombre inespecífico que se podría aplicar a cualquier otra criatura mágica, y que incluso podría haber sido usado de modo reverente, o aun como seña de desconfianza. Se puede ver un curioso caso paralelo en la nomenclatura de *El Señor de los Anillos*: el calificativo *dwimmerlaik* que Éowyn le espeta al Rey Brujo es una palabra en inglés medio (aunque se suele encontrar con otras ortografías como *demerlayk*, *dweomerlak* o *demorlayk*), que literalmente significa ‘magia, práctica de artes ocultas’, equivalente al inglés antiguo *dwimor-lāc*, de *dwimor*, *dwimer* (‘ilusión, engaño, aparición, fantasma’) y *lāc* (‘juego’) (Bosworth y Toller, pp. 220, 603, Hammond y Scull, p. 562). Pero Éowyn no lo usaba con ese sentido literal, sino para designar una «obra de nigromancia, un espectro», a modo de criatura mágica y engañosa. En cierto modo, ése era el mismo sentido con el que *fairy* podría haberse usado para referirse a los elfos y otros seres mágicos.

Esta digresión lingüística viene a concluir, en resumen, que el concepto original de *fairy* no es un tipo de criatura «importada» en la lengua inglesa a partir del folklore extranjero, a pesar de que tantos lingüistas hayan buscado su raíz en la mitología griega, celta, persa o romance. Se trata de una palabra

de procedencia francesa, pero su significado era simplemente una acción abstracta, que por cierto cuadraba muy bien con la idea de los auténticos *elves* ingleses: mágicos, engañosos y a menudo temibles. Por lo tanto, si *fairy* ha llegado a tener un sentido femenino y refinado, proclive a la ridiculización, tuvo que ser más bien por influencias posteriores a la adopción de la palabra, o por elementos que existían ya en la mitología que la adoptó.

La seductora hermosa femenina de los elfos y las ðelfas?

De hecho, la misma naturaleza masculina que se ha mencionado en relación con los elfos germánicos puede haber contribuido, paradójicamente, a su posterior caricatura. El origen de su nombre se ha reconstruido en protogermánico como **alþi-z*, una raíz gramaticalmente masculina, y en las fuentes nórdicas y anglosajonas más antiguas sólo se los menciona como criaturas también masculinas (Hall, pp. 28, 87–88, 176). La forma femenina *elfen* en anglosajón, que dio lugar a *elven* en inglés medio, fue un desarrollo posterior. Es interesante observar que Tolkien evitó usar esta otra palabra como sustantivo, y sólo empleó *elven* a modo de adjetivo (un uso también propio del inglés medio), para eludir la forma moderna *elfin*, cuyas connotaciones le disgustaban (Hammond y Scull, p. 756). Cuando hacía mención a elfos del género femenino, prefería referirse a ellas sencillamente como *maidens* o *ladies*, con *elf* o *elven* a modo de prefijo atributivo si era necesaria la precisión. Algo semejante, de hecho, ocurre con las traducciones al español. La forma femenina de *elfo* aceptada en nuestra lengua es *elfina* según el diccionario de María Moliner, si bien la RAE no da ninguna,

pero ésta no se ha utilizado en ninguna de las traducciones de las obras de Tolkien, al menos las publicadas oficialmente por Minotauro. Por analogía gramatical, los lectores hispanohablantes solemos hablar de *elfas*, pero en realidad esta forma heterodoxa tampoco es habitual en los libros: entre las obras principales, sólo he podido encontrarla una vez, en referencia a la Dama Galadriel, cuando es descrita como «una delgada mujer elfa» (SA 2 VII:104; «*a slender elf-woman*» en el texto original). En el resto de ocasiones se suele aludir, como ocurre en inglés, a «doncellas» y «damas», calificadas en ocasiones como «élficas» (aunque este adjetivo tampoco está reconocido en el diccionario).

Ahora bien, aunque en su origen gramatical y literario el género de los elfos era predominantemente masculino, esto no significa que el sexo de estas criaturas también lo fuese. Se puede encontrar un análisis exhaustivo sobre esta cuestión en el estudio de Alaric Hall sobre los elfos en la Inglaterra anglosajona (2007), en el que dedica un capítulo entero a «los elfos femeninos y los elfos hermosos» (pp. 75ss), y del que provienen muchas de las ideas comentadas en lo que sigue. De las variadas evidencias lingüísticas que discute sobre los *ælfe* anglosajones, quizá la más interesante en relación con la obra de Tolkien es el adjetivo *ælfsciēne*, *ælfscýne*, cuya traducción de diccionario es «hermoso como un elfo, de belleza élfica» (Bosworth y Toller, p. 15).

El interés de Tolkien por este término se refleja en dos lugares. Por una parte destaca uno de sus poemas en inglés antiguo, de 1936, titulado «*Ides ælfscýne*» y que aparece publicado en *El camino a la Tierra Media*, bajo la traducción «Hermosa dama élfica» (pp. 387–389); poema

en el que un anciano se lamenta de su vida disipada en el mundo mágico y perdido al que le llevó la seducción de la *ides ælfscýne*. Y por otro lado está el sobrenombre de Morwen en el Silmarillion: *Eledhwen*, que aparece glosado en inglés como *Elf-sheen* (S QS XVIII:15), imitando claramente el adjetivo anglosajón. Este sobrenombre aparece traducido al español como ‘resplandor élfico’, atendiendo al sentido literal del sustantivo inglés *sheen*; pero hay una clara inconsistencia entre ese significado y el que se desprende del nombre sindarin: *‘doncella élfica’, de *eledh* (‘elfo’) y el extendido sufijo femenino *-wen* (cfr. *Morwen*, *Arwen*, etc.). Dicha inconsistencia se explica por el hecho de que ese *sheen* debería entenderse, no según su traducción literal, sino más bien por el sentido poético que tenía el término anglosajón *scýne*, que era ‘hermoso’, aplicado especialmente a mujeres seductoras.⁵ Esta interpretación permite encajar —dejando al margen el aspecto seductor— la explicación que se da al sobrenombre en *La Formación de la Tierra Media* (p. 126) y *El Camino Perdido* (p. 319), aludiendo a que la belleza de Morwen «era similar a la belleza de las *hijas* de los

Eldalië» (énfasis añadido), y también es más consistente con el sufijo sindarin *-wen*, sobre todo si se considera que Tolkien asoció ocasionalmente la raíz GWEN- de la que procedía con la hermosura inmaculada de la juventud (*Parma Eldalamberon* 17, p. 191). Así pues, una traducción más exacta (aunque larga) de *Eledhwen* sería ‘hermosa (y seductora) dama élfica, con la hermosura inmaculada y resplandeciente de la juventud’, pudiéndose aplicar la misma perífrasis a otros nombres de mujeres acabados en *-wen*.

Según argumenta Hall en relación con el adjetivo anglosajón, éste muestra que los elfos eran, para la mentalidad anglosajona antigua, un paradigma de hermosura femenina. A esta idea también contribuye la etimología propuesta por Jacob Grimm (p. 444) y recogida por Watkins (p. 3), que relaciona el término *elf* con el latín *albus* (‘blanco’, de la raíz proto-indoeuropea *albho-*, ‘blanco’), siendo éste un concepto muy característico de la belleza femenina en la cultura germánica (Hall, p. 44).



La magia es femenina

Otro aspecto prominente en los elfos es, por supuesto, la magia. En el diccionario de anglosajón la siguiente palabra después de los adjetivos *ælfsciéne*, *ælfscínu* es *ælfside*, glosada como 'influencia de los elfos o de los espíritus malignos, pesadilla' (Bosworth y Toller, p. 15). Esta palabra aparece relacionada con *sidesa*, *sidsa* ('hechizo, influencia mágica'), que conecta con vocablos típicos del nórdico antiguo como el verbo *síða* ('realizar un hechizo') y el sustantivo *seiðr* ('hechizo, encantamiento', cfr. p. 871). De acuerdo con la Edda Menor de Snorri Sturluson, la magia llamada *seiðr* se asociaba más bien con los vanes (*vanir*, una especie de raza divina que convivía con los ases o *æsir*, los dioses principales de la mitología), aunque Hall argumenta que la literatura nórdica muestra una alternancia entre las menciones a los *vanir* en la Edda y los *álfar* en la poesía que, junto a otras evidencias, revela una estrecha relación entre ambos tipos de criaturas, si no una mera duplicación de conceptos en la obra de Sturluson (Hall, p. 37). Por lo tanto hay razones para pensar que muchos de los aspectos propios de los vanes de la Edda se asociasen a los elfos en otras tradiciones germánicas, como parece ocurrir con el *seiðr* nórdico y el *sidsa* anglosajón.

Una de las descripciones más explícitas de esta forma de magia se encuentra en la *Ynglinga saga*, en la que se cuentan «las artes de Odín» (*íþróttir Óðins*). Se dice ahí que el *seiðr*, que había sido enseñado a los ases por Freyja (una de los vanes), era «el arte que tiene el mayor poder (...) y gracias a ello [Odín] podía saber los destinos de los hombres y las cosas aún no sucedidas, y así podía matar a los hombres o causarles la desgracia o la enfermedad, y también arrebatarse a los

hombres su juicio o su fuerza y dársela a otros» (traducción de Bernárdez, pp. 249–250). Otro motivo muy relacionado con el *seiðr* era la habilidad de cambiar de forma y aspecto, a menudo transformándose en animales, la cual también se cuenta entre las *íþróttir* de Odín de la *Ynglinga saga*, aunque en este caso no aparece vinculada explícitamente con el *seiðr* (léase a Manrique, 2009, para más detalles sobre el tema).

Es ésta una forma de magia que no aparece a menudo en la obra de Tolkien, aunque los pocos ejemplos que se encuentran en relación con los elfos vienen dados por dos de los personajes femeninos más relevantes: Galadriel (con su espejo de poderes proféticos y su habilidad para penetrar en la mente de otros) y especialmente Lúthien, que con sus encantos élficos enmudeció a Beren durante meses, tejió hechizos que dormían a los demás y también podía transformar su apariencia y la de otros para hacerse pasar por animales. Pero el carácter eminentemente femenino de esta magia se presenta de forma mucho más contundente en las Eddas. Así, en el citado pasaje de la *Ynglinga saga* se dice que tal es el carácter diabólico del *seiðr* «que los hombres considerarían que es vergonzoso hacerlo, y este arte se reservaba a las sacerdotisas». Además, en el poema *Lokasenna* de la Edda Mayor, Loki muestra su desprecio a Odín en relación con su uso de la magia negra, rematando con la acusación de que «en figura de brujo viviste entre hombres, y eso amaricamiento es» (trad. Bernárdez, p. 235).

Este caso prefigura en la Edad Media las ironías modernas de las que veníamos hablando al comienzo del artículo. Otro ejemplo más burlesco se puede encontrar en el episodio de travestismo del *Prymskviða*, posiblemente

el poema más reciente de la Edda Mayor (*ibíd.*, p. XII), cuando Heimdall incita a Thor a disfrazarse de novia para engañar a Thyrn, que había robado el martillo de Thor y pedía desposar a Freyja como «rescate». En este poema no se alude expresamente a los elfos ni al *seiðr*, aunque Heimdall, el promotor de esta estrategia, es presentado como «el más blanco de los dioses» y «el más sabio, como si fuera un *van*» (p. 200, énfasis añadido), lo cual parece enlazar con los otros temas recién discutidos (cfr. Hall, p. 45).

Transgresión de roles

Así pues, podemos ver que las alusiones sarcásticas al afeminamiento de los elfos tienen un reflejo muy antiguo en la literatura escandinava de la Baja Edad Media, en relación con los arduos de seducción y el uso del *seiðr* por ases y vanes. Una pregunta que surge inmediatamente es por qué los personajes más elevados de la mitología germánica mostraban esos rasgos risibles. La respuesta más obvia es que los mencionados poemas satíricos pertenecen a un periodo en el que el paganismo era ya una reliquia del pasado (aproximadamente los siglos XII–XIII), poco venerable y propicia a la ridiculización. Ahora bien, en tal caso habría que razonar por qué esos rasgos no eran ridiculizables en la cultura más antigua.

El estudio de Alaric Hall también dedica un capítulo entero a esta cuestión (pp. 157ss). Por una parte algunos filólogos y antropólogos sostienen que en la cultura teutónica, o al menos en la rama escandinava, los roles masculino y femenino no venían claramente determinados por el sexo de la persona, sino por lo que podríamos llamar su papel a nivel social. Entre la aristocracia, sexo y rol se alineaban de

la forma convencional para nuestra cultura: los hombres pertenecían al «rol fuerte», y las mujeres al «débil». Pero esto podría ocurrir de forma inversa en otros estratos, así como se veía entre los elfos. Sin embargo Hall también aventura una hipótesis distinta: que los elfos formaban parte de una especie de «mundo al revés» existente en la mitología germánica. Así, en contraste con las criaturas de tipo monstruoso como los gigantes, tendríamos estos otros seres sobrenaturales, que vienen a ser como el prototipo social del ser humano visto frente a un espejo: hombres ejerciendo la hechicería, así como mujeres con atributos marciales (considérese, por ejemplo, la típica imagen de la valquiria armada como para la guerra).

Esta idea enlaza con el significado social de la palabra *elfsiden* (ver sección sobre magia) y las demás

«enfermedades élficas» que se mencionan en inglés antiguo. Está bastante reconocido que las connotaciones monstruosas de los elfos anglosajones son principalmente producto de la demonización de los elementos paganos en una cultura que se cristianizó muy pronto (el cristianismo triunfó en Inglaterra antes que en muchos otros países de población germánica). Pero la visión de los elfos como un paradigma de la «transgresión de roles» también sugiere que, originalmente, los elfos no se concebían como una amenaza para la humanidad, y que los males asociados a los elfos no se deben interpretar como una agresión directa de los mismos. Según el análisis de Hall, ni siquiera el popular *elf-shot* se refería a un disparo físico, como si los elfos atacasen a los humanos con sus arcos, sino que era, igual que otras enfermedades élficas, un dolor interno (p. 100). Estos males se manifestaban en forma de

fiebres, alteraciones de la mente y pérdida de vigor, que los anglosajones podían interpretar como un daño autoinfligido a causa de transgredir las normas sociales, o por decirlo coloquialmente, «meterse en cosas de los elfos».

Llevando estas interpretaciones al terreno tolkieniano podemos pensar en el tipo de supersticiones por las que Boromir desconfiaba de adentrarse en Lothlórien: «de estas tierras peligrosas hemos oído hablar en Gondor, y se dice que de todos los que entran son pocos los que salen, y menos aún los que escapan indemnes» (SA 2 VI:51). Pero el tipo de daño que podían sufrir los hombres por parte de los elfos, según sus creencias, no quiso o no supo concretarlo. Parece que principalmente temían la muerte, y quizá también la locura, pues cuando Faramir habla de este tema con más detalle no alude a daños de tipo físico, sólo a que «cosas extrañas habrán de acontecerles» a quienes tienen tratos con la Dama, y que «pocos de los que allí fueron en días lejanos volvieron *como eran*» (SA 4 V:41, énfasis añadido), implicando más bien un daño de tipo mental o espiritual. Ahora bien, la amenaza de ese tipo a la que se enfrenta la Compañía cuando se encuentra con Galadriel es la «prueba» de su mirada, que encara a cada persona con la opción de tomar cualquier camino, aun en oposición a su obligación moral. Como bien explica Sam, lo que hace peligroso a Lórien es que la gente se vuelve a encontrar con el peligro que lleva en su interior (SA 4 V:130).

Los elfos de Tolkien

Estos ejemplos no significan que Tolkien tuviese en cuenta las teorías de Hall en relación con sus elfos. Para empezar son el resultado de investigaciones modernas, cuyo autor mismo



reconoce que habrían sido muy difíciles de llevar a cabo en el pasado, sin los medios tecnológicos que permiten hoy buscar y cruzar información tremendamente dispersa, como las menciones a los elfos en el corpus anglosajón y escandinavo. Desde luego la lengua inglesa no ha tenido muchos lexicógrafos de la talla de Tolkien (véase al respecto el artículo de Cid Lucas, *Estel* 64, pp. 31–33), y si en su tiempo alguien pudiera haber hecho un estudio de ese calibre sobre los elfos, habría sido él.

Pero lo cierto es que, entre las costumbres y leyes de los elfos (tal como las describe en *El Anillo de Morgoth*, pp. 248–249), los papeles de hombres y mujeres están repartidos de una forma más tradicional aún que lo que se observa entre los hombres; se reconoce que entre los eldar ambos sexos tenían las mismas capacidades para ejercer las actividades típicamente masculinas o femeninas, pero eran ellas las que solían practicar las artes de curación, y ellos los que habitualmente llevaban las armas.

Para finalizar, diré que no pretendo con este análisis el vano propósito de acallar la bufonada de los «elfos amanerados». De hecho, si alguna conclusión se puede extraer de lo dicho, es que el camino recorrido hasta llegar a ese estereotipo es largo, ramificado y también muy intrigante. Así que me conformaré si alguna de las veces que se vuelva a dar la broma el humorista a la sazón la hace con algo más de conocimiento.

Bibliografía

- Bosworth, Joseph y T. Northcote Toller, (ed.), *An Anglo-Saxon Dictionary*. Oxford: Oxford University Press, 1983.
- Buckley, Eugene. «The phonetic origin and phonological extension of Gallo-Roman palatalization» First North-American Phonology Conference, Montreal. 2003.
- Cid Lucas, Fernando. «Tolkien y el *Oxford English Dictionary*: sus aportaciones al mundo de la lexicografía». *Estel* 64, 2009, pp. 31–33.
- Cleland, John. *Specimen of an etymological vocabulary, or, Essay, by means of the analytic method, to retrieve the Ancient Celtic*. Londres: impreso para L. Davis and C. Reymers, 1768.
- De Rosario Martínez, Helios. «Fairy: Tolkien y las hadas», *Estel* 48, 2005, pp. 4–7.
- . «Fairy and Elves in Tolkien and traditional literature». *Mythlore* 28(3–4), 2010, pp. 65–84.
- Godefroy, F. *Dictionnaire de l'ancienne langue française et de tous ses dialectes du IX au XV siècle*. París: F. Wieveg Libraire-Editeur, 1881.
- Grimm, Jacob. *Teutonic Mythology*. Trad. James Steven Stallybrass, 4 volúmenes. New York: Dover Publications, 1966.
- Hall, Alaric. *Elves in Anglo-Saxon England*. Woodbridge: The Boydell Press, 2007.
- Hammond, Wayne G. y Christina Scull. *The Lord of the Rings: A Reader's Companion*. Londres: HarperCollins Publishers, 2005.
- Keightley, Thomas. *Tales and popular fictions; their resemblance and transmission from country to country*. Londres: Wittaker and Co., 1834.
- Lemon, George William. *English etymology; or, A derivative dictionary of the English language in two alphabets*. Londres: impreso para G. Robinson, 1783.
- Lewis, Charles, B. «Fae-Fey», *French Studies* III(2), 1949, pp. 137–148.
- Manrique Antón, Teodoro. «Rituales mágicos en la religión nórdica precristiana: El seiðr en la *Saga de Gísli Súrsson*», *Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones* 14, 2009, pp. 87–100.
- Pope, Mildred Katharine. *From Latin to modern French with especial consideration of Anglo-Norman*. Manchester: Manchester University Press, 1934.
- Tolkien, J.R.R. *Words, phrases and passages in The Lord of the Rings*, editado por Christopher Gilson. *Parma Eldalamberon* 17, 2007.
- Scott, Colin A. «Sex and Art», *American Journal of Psychology*, 7(2), 1896, pp. 153–226.
- Sturluson, Snorri. *Textos mitológicos de las Eddas*, editado y traducido por Enrique Bernárdez. Madrid: Miraguano Ediciones, 1998.
- Warton, Thomas. *The history of English Poetry, from the close of the eleventh century to the commencement of the eighteenth century*. Ediciones de 1824 y 1840 por Richard Price et al. Londres: impreso para Thomas Tegg por Richard y John E. Taylor.
- Watkins, Calvert (ed.). *The American dictionary of Indo-European Roots*, 2ª edición, Boston: Houghton Mifflin Hartcourt, 2000.



Notas

1. La palabra *θηρες* (pronúnciese como *teres* con una *t* aspirada, o en el alfabeto fonético /t^he:res/) procede de *θηρ* ‘bestia salvaje’ (utilizada hoy en los nombres científicos de criaturas prehistóricas como los *terópodos*, *dinoterios*, *megaterios* etc.). Para relacionarla fonéticamente con *fairy* se aludía a la variable dialectal *θηρες* (/p^he:res/), que aparece en la *Iliada* (verso 268) en relación con los centauros. Ambas formas proceden del proto-indoeuropeo antiguo *g^hwer-*, que en latín dio lugar a *ferus* ‘salvaje’, de donde procede nuestro adjetivo «feroz», etc. (Watkins 2000, p. 32).

2. Vale la pena mencionar el argumento de Cleland por la sarta de cabriolas fonológicas y semánticas que era capaz de inventar, oponiéndose incluso a las evidencias lingüísticas más elementales, para justificar circularmente su teoría que relaciona *fairy* con *magus* (‘mago’ en latín), y ambos con los oficios druidicos de los celtas, así como con la vara a modo de símbolo de poder o ritual. De este modo, aseguraba que ambas palabras se relacionaban con la diosa romana *Maia*, a la que le atribuía el papel de diosa de la justicia asumiendo que en su nombre estaba implícito el concepto de vara o báculo, según se refleja en el tradicional *maypole*, un poste alrededor del cual se baila en ciertos festejos de origen germánico. (Sin mención alguna, por

supuesto, a que esos festejos se hagan típicamente el primero de *mayo*.) Todo su libro es una larga muestra de este tipo de inferencias caprichosas, que hacen de él una formidable comedia lingüística a los ojos del lector actual.

3. Presentada de forma más técnica, la transformación de *fata* al francés antiguo *faé* (*fée* en la forma moderna) se debe a que en el desarrollo de ese idioma la /a/ tónica en sílabas abiertas (como la primera de *fata*) se frontalizó al fonema /æ/ (que finalmente se elevaría a /e/ en francés moderno), mientras que en posición átona a final de palabra, la misma /a/ se redujo a la vocal central /ə/ (escrita *e* en francés moderno); y por otra parte, la /t/ intervocálica se transformó primero en /ð/ para luego desaparecer (cfr. Buckley, 2003 y Pope, 1934, p. 142). En resumen, la palabra latina *fata* pasó a ser */fæðə/ en galorromance, para dar lugar a /fæə/ (escrito *faé*) en francés antiguo.

4. Para entender por qué *fatum* (‘destino’) está relacionado con el verbo **fatare* que se propone, hay que considerar que *fatum* era el participio pasado neutro del verbo *fāri* (‘hablar’, del que viene nuestro propio verbo, y también *fabular*, etc.). Así, el significado literal de *fatum* era ‘lo que se ha dicho’, en el sentido de ‘sentencia o decreto de los dioses’ (*Oxford English Dictionary*, s.v. *fate*). En base a esta idea, **fatare* tendría el significado original de ‘predecir o sentenciar el destino de una persona’, aunque ya en latín vulgar

debió adquirir la connotación de ‘encantar o hacer un hechizo’, ‘dotar de poderes sobrenaturales’ o ‘embrujar’ (Lewis, 1949). En su comentario, Keightley opinaba que **fatata*, el participio pasado femenino del verbo **fatare*, pudo haberse reducido a **fata*, y que este participio podría haber sido el origen del nombre en todas las lenguas romances, en lugar de las *Fata* clásicas. Sin embargo no se arriesga a asegurarlo en todos los casos, dado que en italiano y provenzal, por ejemplo, sí se solía usar *fata* (it.) y *fada* (pro.) a modo sustantivo, y los participios «completos» *fatata* (it.) y *fadada* (pro.) también están atestigüados. Por esta razón la figura 2 muestra con interrogantes la derivación de *fada* en castellano antiguo (equivalente en este caso al provenzal).

5. En términos literales, el término *scýne* sí se relaciona con el verbo *scinan* ‘brillar, relucir’, del que proviene el verbo *shine* y el sustantivo *sheen* en inglés actual. En el contexto poético pudo asociarse a la belleza femenina seductora y cautivadora, debido a que en la mitología germánica había un vínculo estrecho entre este concepto y la idea visual de blancura y claridad; y también por el sentido que desarrolló el sustantivo *scín* en inglés antiguo: ‘aparición engañosa, fantasma’, del que derivaron varias palabras relacionadas con la magia y la brujería (Bosworth y Toller, pp. 832–834). Estos cruces semánticos se comentan a continuación con más detalle.

La historia jamás contada en *El Hobbit*

Joan Gregori Bagur «Silventiniël Dracdargent»

Una soleada mañana, en que la alegría inundaba Erebor, una sombra cruzó la montaña hasta posarse sobre la entrada. «*Zas-clap*» (o en su defecto otra onomatopeya indicativa de batir de alas), y el origen de la sombra se posó en el suelo, y delicadamente, con una uña, llamó a las puertas de la fortaleza enana.

Las puertas se abrieron y asomó una nariz regia y altiva seguida de un enano. El enano no era otro que el Rey bajo la Montaña, que asombrado contempló cómo una dracónica testa se inclinaba hacia él, luciendo sus escamas rojas y doradas.

—Disculpe —dijo muy amablemente el dragón, procurando no chamuscar a su interlocutor con su abrasador aliento—, siento interrumpir tan apacible y bonito día. Sin embargo me gustaría comentar con usted ciertos aspectos de importancia.

El asombrado enano no salía de su asombro, con lo que el dragón, no encontrando impedimento a su discurso, siguió con su explicación.

—Verá, mi buen señor enano: como podrá observar por mi forma, mi tamaño y mis cuidadas escamas, soy un dragón, y nosotros los dragones

nos dedicamos al noble y buen oficio de la quema y saqueo de reinos, palacios y montañas —en este punto el enano empezó a sospechar que sería el desayuno del reptil—. Como he visto su hermosa montaña solitaria, he decidido venir a ofrecerles mis servicios.

—Si no fuera inconveniente podría hacerles una visita, digamos, la semana que viene. Para ahorrar tiempo, a no ser que sea una molestia, ¿podríais, mi buen señor, reunir vuestros tesoros en una sala grande y cálida?

El enano pestañeó sólo dos veces por respuesta y el dragón, satisfecho con lo que creyó que era una afirmación, prosiguió:

—En fin, quedamos así, amable enano: vendré a saquearos la semana entrante con los tesoros ya reunidos en un gran salón. Adiós entonces y que tengáis un buen día.

«*Zus-flas*» (o de nuevo otra onomatopeya de batir de alas), y el dragón se alejó con la satisfacción del deber cumplido.

En las puertas de Erebor el rey enano se pellizcó dudando aún de no estar soñando.

Este texto fue el ganador del primer premio en el certamen de «microrelatos» de la XV Mereth Aderthad en Cardona, octubre de 2009.

La ideología tolkieniana en los cuentos infantiles

(o de cómo Mr. Bliss fue una vez activista de Greenpeace)

A Iván Fernández Foxón

Fernando Cid Lucas

Introducción

Estamos en la recoleta Oxford, en los últimos años de la década de 1930. Europa se recupera, poco a poco, de los estragos causados por la I Guerra Mundial e, inconsciente, se prepara para la brutal segunda Gran Guerra. En una bonita casa de la calle Northmoor, adornada con un cuidado jardín delantero, un ocupado profesor de anglosajón, devoto bebedor de té y eterno fumador en pipa, escribe para sus hijos un relato que habría de rebasar (en no muchos años) edades, países y aun géneros literarios. Me estoy refiriendo, claro está, a *The Hobbit*.¹

Mucho se ha hablado y se ha escrito sobre las aficiones de J.R.R. Tolkien, de su pasión por los idiomas (por los inventados por él o por los ya existentes), hacia los mitos nórdicos, por las runas, por las veladas literarias

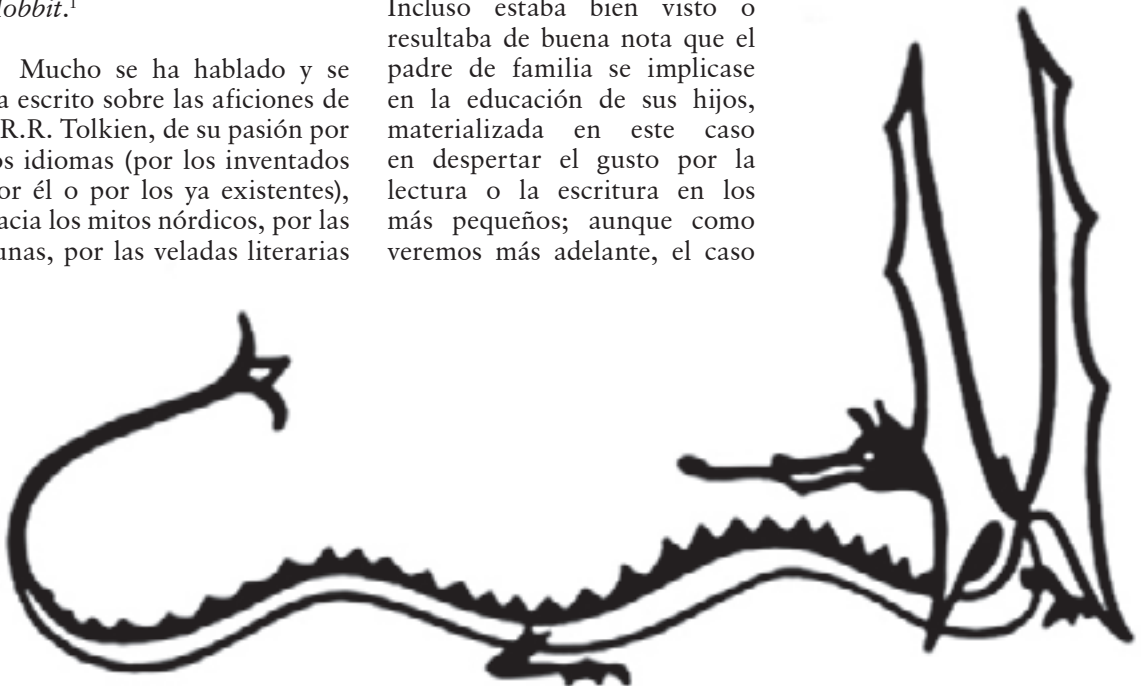
y, cómo no, por contar cuentos a sus hijos. Hay consenso a la hora de considerar que Tolkien fue un gran «cuentista». Sabemos por sus propios hijos que, aun después de sus clases, tutorías, reuniones de departamento y otras obligaciones académicas y sociales, frecuentemente sacaba tiempo para leer, refundir o inventar emocionantes historias para sus hijos.

Esta práctica no fue exclusividad de nuestro autor, sino que fue relativamente habitual ya durante la época victoriana y en periodos posteriores entre caballeros de clase social media y alta. Incluso estaba bien visto o resultaba de buena nota que el padre de familia se implicase en la educación de sus hijos, materializada en este caso en despertar el gusto por la lectura o la escritura en los más pequeños; aunque como veremos más adelante, el caso

de Tolkien escondía algunas particularidades.

Tolkien (pero también otros) y sus cuentos infantiles

No estará de más recordar ahora nombres como los de A.A. Milne, K. Grahame o L.F. Baum,² todos ellos padres/escritores o escritores/padres que antes de enviar sus trabajos a la imprenta los leyeron ante un público privilegiado y con idéntico apellido a los suyos. Todos fueron autores de obras deliciosas, ideadas con el único ánimo de entretener y divertir a un auditorio para el que guardaban el mayor de los afectos.



El caso es que Tolkien —manteniéndonos de momento al margen de las grandes sagas relativas a la Tierra Media— fue un autor de primorosos cuentos, los cuales incluso llegó a ilustrar él mismo. Sabemos también que ideó más de los que luego puso por escrito, y que solía esbozar historias que nunca concluía. Sí terminó, sin embargo, dos hermosos relatos que sólo póstumamente fueron dados a la imprenta: *Mr. Bliss* (1982) y *Roverandom* (1998). Ambos son prosas relativamente breves, dirigidas hacia un público eminentemente infantil, pero que cualquier adulto puede leer con otros ojos (puede intentar hacerlo con los de un niño, si la experiencia, que es la vida, no se los ha robado ya) para constatar la pericia del Tolkien creador de cuentos infantiles.

Sin embargo, entre ambas narraciones hay una diferencia sustancial. Mientras que en *Roverandom* la figura del mago y de la magia tienen una gran importancia, *Mr. Bliss* quiere ser un sincero canto a la vida natural y sencilla por la que tanto pugnó el autor de *The Lord of the Rings*. Esta postura está clara y se mantiene de principio a fin del relato, máxime cuando el elemento discordante o «extraño», causa de todos los males del bueno de Mr. Bliss —y, por extensión, de algunos amigos de Bliss— es un automóvil, o, en otras



palabras, la representación de la modernidad, del tecnicismo y de la violación del orden natural que tanto detestaba Tolkien.³ Si analizamos en profundidad sus obras (ahora su totalidad), magia y tecnicismo son cosas muy distintas. Mientras que la magia puede ser *buena* o *mala* (según sea la idiosincrasia de sus hacedores), *útil* o *inoperante*, la tecnología, la metalurgia, la naturaleza tecnificada, etc. siempre muestran un cariz peligroso o, cuando menos, se

oponen diametralmente a las leyes establecidas por el *orden divino*.

Así, en *Roverandom*, el perrito Rover es el blanco de un hechizo, pero el hombre (y el resto de los seres vivos en los cuentos infantiles) puede revelarse o no conformarse con su nueva condición, mientras que con la tecnología todo se reviste de un halo más peligroso; con ella debemos ir con pies de plomo (recuérdense las alteraciones genéticas tipo *uruk-hai*, armas terribles que hacen volar centenarios muros de piedra o coches que se estampan contra árboles en bosques tranquilos). Así, Tolkien parece dejarnos el mensaje de que el hombre está condenado a «sufrir» la tecnología, que es algo siempre susceptible a escapar de las manos de sus artífices. Esto es



lo que sucede con el flamante coche amarillo de Mr. Bliss, un objeto que, en el marco que nos presenta su autor y entre los personajes allí recogidos, resulta completamente discordante. Y en efecto, como tal cosa se manifiesta a lo largo de la narración, sin que su autor mire para otro lado o nos oculte que quien va al volante es un ser inocente, plenamente humano, pero, eso sí, embriagado por las ansias de «gobernar» algo nuevo, insólito...

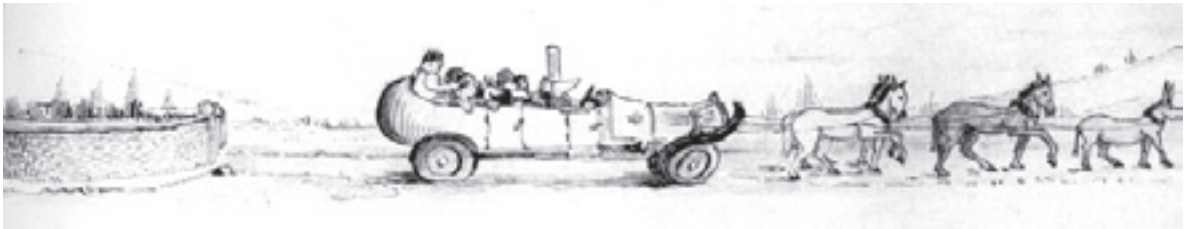
Si leemos entre líneas, en las moralejas de ambos cuentos (*Roverandom* y *Mr. Bliss*) comprobamos que nuestro escritor no dispara con balas de fogeo, y que tras historias inocentes, para niños, subyace la ideología pura del de Bloemfontein. La magia, por sí misma, fuera

del papel o de los cuentos de hadas, no es peligrosa,⁴ pero hay que cuidarse (y mucho) de los ingenios humanos, de los artefactos que desafían a la Creación, de los mecanismos y de los engranajes artificiales, que no son, a la postre, más que parodias y mediocridad. Por otra parte, también nos advierte Tolkien de que sus valedores están condenados al más estrepitoso de los fracasos.

Yendo más atrás en la literatura inglesa, en una pirueta comparativista, veremos que algo semejante ocurre en el *Frankenstein* de Mary Shelley (1797-1851). E idéntico fin hay para un engendro artificial como es el coche de Mr. Bliss, la herrumbre de Saruman o el homúnculo salido de la pluma de la escritora inglesa: el choque tremendo y definitivo contra

productos *nobles*, emanados de la voluntad divina (léase árbol, agua u hombre).

Para terminar, déjeme el lector fantasear y elucubrar con los cuentos que nunca terminó Tolkien. ¿Contenían acaso en su poética idéntica y tan personal moraleja? ¿Querrían ser más que pura distracción para sus hijos? Lo que sí vuelve a quedar de manifiesto es que pocas veces los cuentos infantiles tienen como único valor esa «inocencia» que exteriormente los adorna; y es ése, amigo lector, un interesante y peligroso camino por el que adentrarse, más que mil Mordors ardientes o mil Hades oscuros, ya que quienes nos llevan de la mano por esta senda no son otros que niños dulces de mirada inocente.



Bibliografía

BURGOS, Jesús, *La familia del Dr. Frankenstein. Materiales para una historia del hombre artificial*, Jaén, Alcalá Grupo Editorial, 2007.

FERNÁNDEZ BIGGS, Braulio, *Tolkien y el reencantamiento*

del mundo, Santiago de Chile, Universidad Católica de Chile, 2003.

LERER, Seth, *La magia de los libros infantiles*, Barcelona, Ares y Mares, 2009.

TOLKIEN, J.R.R., *Cartas*, Barcelona, Minotauro, 1993.

TOLKIEN, J.R.R., *Mr. Bliss*, Barcelona, Ediciones Minotauro, 1984.

TOLKIEN, J.R.R., *Roverandom*, Barcelona, Ediciones Minotauro, 1998.

Notas

1. Recordemos su primera edición: TOLKIEN, J.R.R., *The Hobbit*, London, George Allen & Unwin, 1937.

2. Aunque no tuvieron hijos, me atrevo a incluir en esta pequeña nómina de autores a Lewis Carroll y a J.M. Barrie, ya que ambos escribieron para unos niños en concreto, hacia los

que prodigaron un amor y un cariño similares a los que un padre puede sentir hacia su progenie.

3. Léase para tales efectos el artículo de SANTOS UNAMUNO, Enrique, «Tolkien y la rebelión de las masas: paradojas de la utopía antitecnológica», *Quince caminos para seguir a Tolkien*, Cáceres, Diputación de Cáceres, 2007, pp.221-235.

4. Dudo mucho que Tolkien creyese, más allá de las exigencias estrictamente literarias, en influencias mágicas, nigrománticas o adivinatoras; quizá su sentimiento profundamente cristiano, donde Dios Todopoderoso gobierna todas las cosas y protege de las ciencias oscuras, le llevase a pensar que en la vida real magos y adivinadores no son más que ganapanes y charlatanes.

La travesía del puerto de Pelargir

Paco Soliva «Lórinlor»

Me hago viejo, eso no se puede negar. Además, soy lento escribiendo, muy lento. Así que cuando Grichan me dijo que escribiera algo para el concurso de «Microrelatos» tuve que echar mano de la primera idea que me vino a la mente y, aun así, escribía las dos últimas líneas mientras Grichan subía las escaleras del lugar donde estábamos todos —participantes e interesados— en la mesa redonda sobre creación literaria de la Mereth Aderthad en Lórien 2009. Digo esto porque después me di cuenta de que el microrelato era demasiado parecido a una escena que David Gemmell relata en su fabuloso libro El Arco de Plata. No lo hice a sabiendas, pero lo cierto es que las similitudes son demasiado patentes. Me hago viejo. Quede pues este microrelato como un homenaje al gran David Gemmell —que en Gloria esté— y una muestra de mi sincera admiración. Ah, se me olvidaba: he cambiado alguna cosilla ahora que tenía más tiempo pero la esencia es la misma.

A pesar de todo, era una mañana fría en Pelargir, y el soldado se embozaba en una larga capa que no mostraba más que sus botas. Estaba en el muelle, ajustándose con un pescador, tuerto y enjuto, pero orgulloso como el viejo lobo de mar que era.

—¡Hum! —dijo Ulmir—. Puedo llevarte por una moneda de cobre.

—Cobras poco, pescador. No me inspira confianza tu bote —dijo el soldado.

—Es una mañana intensa, joven. La flota se apresta y he llevado y traído más marineros que en cualquier otro día que yo recuerde. Este bote me ha servido bien, en eso puedes confiar, joven, pero si quieres pagar más, añadiré tus monedas a las que ya tengo.

El militar sacó una bolsa de cuero y extrajo cuatro monedas pequeñas.

—Toma —dijo—, es un precio justo.

—En tal caso, estiva tus cosas a popa y embarca, marinero. Vamos, la nave no esperará todo el día. Apuesto a que tu capitán te hará baldear la cubierta si haces que pierda la marea.

—Seguro que sí.

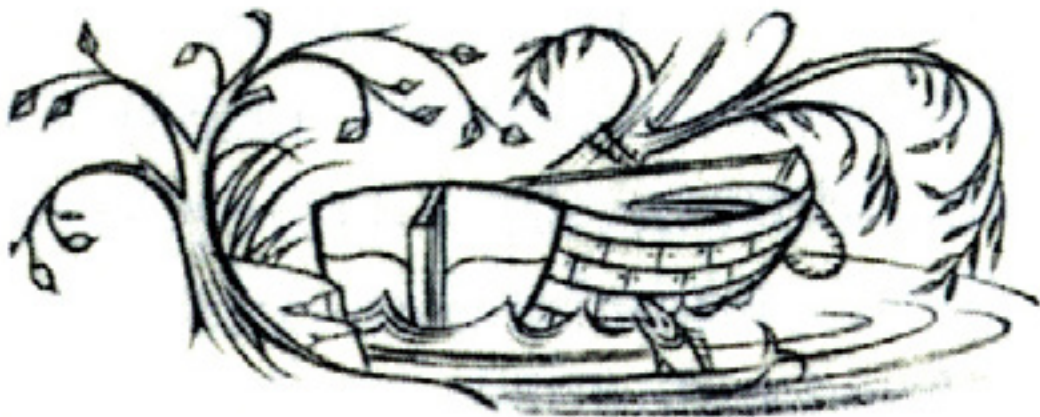
Y el soldado se acomodó junto al timón mientras el pescador cogía los remos. No hablaron hasta mediada la distancia que los separaba del Galadhran. El viejo lobo de mar observaba a su pasajero y reparaba en el brillo de sus ojos al contemplar la gran nave de guerra.

—¿Hermosa, eh? —intervino el viejo marino rompiendo el hechizo que embargaba al joven soldado.

—Es la nave más bella que he visto. Sí... Dura a la quilla y suave al timón, de velas rápidas...

—Tienes ojo de marino, joven. Apuesto a que no es ésta la primera vez que largas amarras.

—He navegado algo, sí.





—Y ahora te destinan a la Galadhran, al orgullo de la flota, el buque insignia... ¿Conoces a tu capitán?

—Podría decirse que sí.

—Le llaman Thorongil, ¿no es así? Un hombre joven, severo y de pocas palabras, exigente con su tripulación, según he oído, pero justo. De ninguna otra manera se habría ganado el respeto de todo marino y la confianza de nuestro señor Ecthelion.

—No te llevaré la contraria, pescador.

—Dicen que la flota zarpará hacia el sur. Dicen que iréis a Umbar.

—¿Eso dicen? —preguntó con ingenuidad el soldado.

—¡Ah! Si tuviera veinte años menos me enrojaría sin dudarlo.

—¿No crees que te apresuras demasiado a ponerte a las órdenes de un desconocido?

—Ese Thorongil es un misterio, ya lo creo —argumentó Ulmir con pasión—. He visto bancos de bruma menos oscuros que su pasado, pero ha servido bien a Gondor, y Ecthelion le ha dado el mando de la flota de Pelargir... Y luego está el ojo...

—¿El ojo? —un lejano atisbo de tensión se escondía tras la pregunta del joven soldado.

—Mi ojo —respondió el viejo con orgullo y la expresión del militar se relajó con la sombra de una sonrisa.

—¿Qué le pasa a tu ojo?

Y, en respuesta, el viejo dejó de remar y se llevó la mano al parche que cubría su ojo izquierdo; lo levantó y mostró una cuenca vacía cruzada por una vieja cicatriz. Quizá esperaba amedrentar al joven soldado, pero no lo consiguió: éste no se echó atrás por repulsión ni miedo. Así que el pescador, un tanto decepcionado y con el tono de voz que usamos para compartir secretos, añadió:

—Este ojo invisible —dijo con un susurro ominoso—, me revela el espíritu de los hombres y, a menudo, atisbos del futuro. Me dice que ese capitán tuyo es un hombre al que valdría la pena seguir... Sí, mi ojo lo reconocería a diez millas...

—Vaya —dijo el joven—, sin duda ese ojo inexistente te sirve bien...

Torciendo el gesto, Ulmir volvió a poner el parche en su sitio y retomó los remos con mucha energía.

—Búrlate cuanto quieras, hijo —amonestó al soldado—, pero no perdí este ojo pescando. Yo navegaba y combatía en el mar mucho antes de que usaras tus primeros calzones.

—Es posible —admitió conciliador el militar.

—Podría contarte historias, sí... Historias que helarían tu corazón. He visto serpientes marinas devorar tripulaciones enteras de un solo bocado... He visto tortugas del tamaño de una ciudad y he escuchado cantos y música en noches sin luna, que llaman a los marinos a nadar a las profundidades, sólo para ser devueltos ahogados y medio devorados por seres que no puedo ni imaginar. Sí, joven soldado, he visto todas esas cosas y tan sólo me ha costado un ojo. Deberías sentirte agradecido si llegas a tener la misma fortuna que yo.

Poco después, el bote se arrimaba a la amura de estribor de la Galadhran y desde la cubierta lanzaban un par de cabos. Se oían silbidos y órdenes dadas con premura, la tripulación se afanaba de proa a popa en mil quehaceres y algunos marineros trepaban a la jarcia, listos para desplegar el velamen. La Galadhran se disponía a abandonar el puerto.

Entonces, el soldado tomó un cabo y ató a él sus pertenencias y, al hacerlo, Ulmir reparó en el manto que había en uno de los bultos: tenía una estrella de plata bordada en él, una estrella de plata en un manto... Había oído algo sobre eso antes, pero ¿el qué? Y entonces, como por hechizo, cayó en la cuenta.

Su único ojo no mágico miró desorbitado al pasajero a quien había traído, mientras tomaba el otro cabo para abordar el barco. Se detuvo un momento, se volvió y dijo:

—Me gustará oír alguna de esas historias cuando vuelva.

Pelargir y el IES Triana, unidos por Tolkien

Alberto Tirado Castro «Aeglos»

El 25 de Marzo es el Día Tolkien y cada Smial lo celebra a su manera, con actividades de difusión o celebraciones más intimistas. El Smial de Pelargir es un modelo a imitar en la organización de actividades interesantes para dar a conocer la obra de Tolkien. Os ofrecemos esta crónica donde nos cuentan cómo lo han celebrado este año.

En la ciudad de Pelargir cada 25 de marzo tiene lugar una curiosa tradición. Los Fieles de los Puertos visitan un instituto de educación secundaria para descubrir a los más jóvenes las maravillas que creó J.R.R. Tolkien. Y 2010 no ha sido la excepción. De esta forma, Delia Martin «Narya-Mithrandir» y un servidor acompañamos a Rosa Cordero «Ardamel» en la celebración del día Tolkien en el IES Triana (que sucede al IES Heliópolis como hogar de este acontecimiento), donde las risas, las sorpresas y, sobre todo, el amor por la obra del Profesor fueron las auténticas protagonistas.

El salón de actos del centro, convenientemente decorado por algunos de los trabajos realizados por los alumnos de Ardamel, acogió a cursos de todas las edades, los cuales escucharon con atención e interés la breve presentación que Narya-Mithrandir y yo

realizamos sobre la producción literaria de J.R.R. Tolkien. En este sentido, *El Hobbit* fue, con diferencia, el libro más aclamado por los adolescentes, quienes presentaron ese mismo día algunos proyectos realmente interesantes sobre esta obra, como por ejemplo tomos ilustrados, con páginas envejecidas... Incluso un grupo se animó a recrear el Libro Rojo, demostrando así su enorme capacidad creativa y su iniciativa.

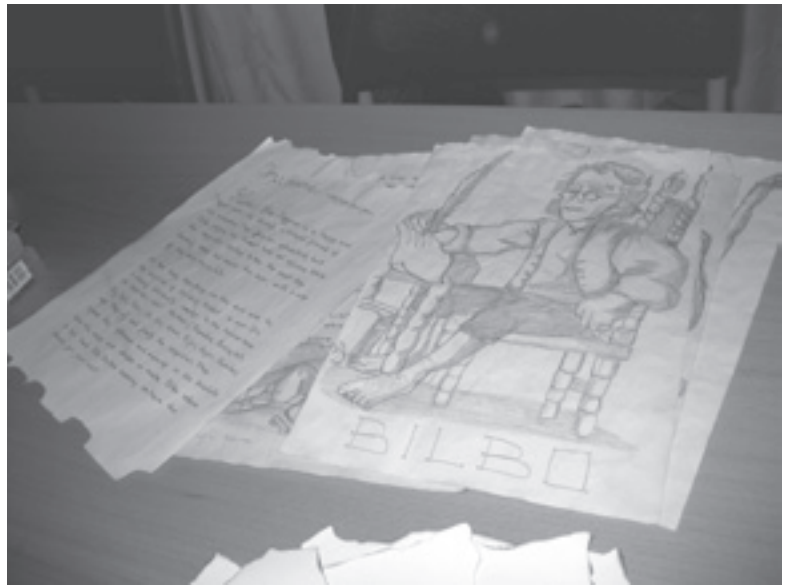
Terminada la charla, llegó el punto fuerte de la jornada, a saber, el concurso sobre Tolkien, una idea que se le ocurrió a Narya-Mithrandir y que cosechó un éxito abrumador. No en vano, los estudiantes se volcaron de lleno con la actividad, tratando de contestar a cada pregunta que se les formulaba sobre el autor británico o *El Hobbit* para conseguir los premios que repartimos. ¿Y en qué consistieron? Pues ni más ni



menos que en unas hermosas hojas de Lórien, confeccionadas con fieltro por Rocío Cañero «Arwen Undómiel», las cuales causaron sensación entre el alumnado del IES Triana.

Es más, sus ganas por hacerse con su propia hoja dejaron para el recuerdo anécdotas muy divertidas, destacando sobremanera el desconcierto generalizado que reinó cuando se les cuestionó por el país en el que había nacido J.R.R. Tolkien. Tras intentarlo con casi todas las naciones de Europa, y cuando parecía que nadie lograría adivinarlo, una pista futbolística permitió a un chico averiguar la respuesta, Suráfrica, lo que despertó la curiosidad de los chavales, a los que explicamos, *grosso modo*, el colonialismo británico de finales del siglo XIX y principios del XX. Quizá fue una pregunta demasiado compleja, pero no tuvimos más remedio que formularla: los alumnos demostraron unos conocimientos tan notables sobre los sucesos y los personajes de *El Hobbit* que, si no lo hubiéramos hecho, las hojas de Lórien habrían volado en cuestión de segundos.

Y ese entusiasmo no se quedó ahí, sino que se mantuvo incluso después de que terminara nuestra ponencia, viniendo muchos de los estudiantes del centro a charlar con nosotros, a curiosear todos los libros de Tolkien, a hacer preguntas sobre el escritor inglés... Una chica hasta redescubrió uno de los cuentos de su infancia, *El señor Bliss*, al que había perdido la pista y cuyo autor desconocía. Aquella, sin duda alguna, fue la mejor recompensa al trabajo que habíamos llevado a cabo (tanto Narya y yo como Ardamel, la principal responsable de este rutilante éxito) en el Triana, al que esperamos volver el año próximo con muchas más actividades.



Oda a la Comarca

Leyre Lado «Peregrin Tuk»

Me despiertan suaves trinos,
entran por los ventanales.
Agua de viejos molinos
y amarillo de triguales.

Ya recorro tus caminos,
reconozco tus lugares.
El viento sobre los pinos
arrastra mis soledades.

¡Oh bellísima Comarca!
La de risas infinitas.
La alegría de tus gentes,
esa nunca se marchita.

El aroma de la tierra.
Puras nubes blanquecinas,
acompañan a la hierba
sobre las verdes colinas.

Quién fuera fresca laguna
para habitarte por siempre.
Quién fuera viejo roble
enraizado en tu vientre.

Mas yo sé que mi tiempo
no durará eternamente
pero el lapso que viva
he de amarte fielmente.

Si me alejo de tus valles
extrañando tus veredas
me acompaña tu recuerdo
es lo único que queda.

No permitas que me apague
alejado de tu lado.
Mi pequeño corazón
a ti te lo he entregado.

Pues eres la bella madre
de la que todos nacemos.
Y como buenos hijos
hacia ti regresaremos.



Tolkien y los estudios de género: una visión políticamente incorrecta para los tiempos que corren

Silvia Gutiérrez Bregón «Isilmë»

Pero no es el objetivo de este ensayo disertar sobre los logros de este filólogo y fumador de pipa empedernido, sino introducirnos en el terreno de los estudios de género para intentar desmontar la tan extendida idea dentro de este ámbito de que la obra de Tolkien es un reflejo de su misoginia. Esperamos atravesar esta «Ciénaga de los Muertos» particular (en cuanto a lo peligroso y resbaladizo del asunto) sanos y salvos, como ya lo hicieron en su día Frodo y Sam.

Para acercarnos a las críticas a Tolkien elaboradas desde esta corriente, veremos brevemente en qué consisten y cuáles son los objetivos y la trayectoria de los estudios de género. Su origen se sitúa en las décadas de 1960 y 1970 en el seno del movimiento feminista europeo, principalmente en universidades británicas y norteamericanas. Los estudios de género son una corriente interdisciplinar que abarca campos muy variados dentro de las ciencias sociales, como la psicología, la sociología, la historia o la literatura. Y es esta última sobre la que centraremos nuestra atención, concretamente en la crítica literaria feminista.

El movimiento feminista se ha dividido tradicionalmente en tres periodos (primera ola en el siglo XIX, segunda ola en la década de 1960 y tercera ola a partir de 1990), en todos los cuales se dan tres fases: la primera fase es el

desmantelamiento, que muestra los procesos por los que las mujeres no han sido incluidas en la narrativa histórica; la segunda fase es la recuperación de mujeres olvidadas que fueron importantes en la historia, y la última fase es la reconstrucción, que trata de interpretar las vidas de esas mujeres y cuestionar los procesos a través de los cuales se constituyeron los roles sociales de género.

Aunque como se apuntó anteriormente, se suele fechar el inicio de los estudios de género en torno a las décadas de 1960 y 1970, porque es en ese momento cuando adquieren peso en las universidades, si nos remontamos a principios del siglo XV nos encontramos con Christine de Pisan, que elaboró una crítica en contra del modo de retratar a la mujer en la segunda parte de *El Romance de la Rosa* (1275), escrito por Jean de Meun. En el siglo XVIII tenemos a Mary Wollstonecraft y su ensayo «Reivindicación de los derechos de la mujer» (1792), y no podemos olvidar a la famosa Virginia Woolf o a Simone de Beauvoir, ya a principios y mediados del siglo XX, con sus obras *Una habitación propia* (1929) y *El segundo sexo* (1949), respectivamente.

Las autoras de la crítica literaria feminista centran sus esfuerzos en dos vertientes de estudio: por una parte recuperan y analizan los trabajos de otras escritoras que han basado su creación literaria en la mujer. Como ejemplos de esta vertiente

Sin duda Tolkien es un autor que levanta pasiones. Se podría decir que el mundo se divide entre los que le aman y los que le odian. No obstante, cualquiera consideraría digno de elogio el hecho de no haber caído hace tiempo en el saco de la indiferencia en un mundo de fama efímera como es el de la literatura contemporánea. Si a esto añadimos que nunca contó con el favor de la crítica, el alcance de la proyección de su obra en el tiempo y en el espacio se podría calificar de hazaña épica.

tenemos *A literature of their own* (1977) de Elaine Showalter y *The mad woman in the attic* (1979) de Sandra Gilbert y Susan Gubar. La otra línea de estudio se centra en revisar la literatura escrita por hombres y criticar el papel que ostentan los personajes femeninos en sus obras. Esta rama es la que nos ocupa y estudia sobre todo las imágenes y estereotipos que transmite el canon occidental fundamentalmente masculino.

Una vez esbozado el origen y principios de los estudios de género y la crítica literaria feminista, sería conveniente aclarar en qué consiste, según nuestra opinión, un comentario crítico objetivo de un texto literario, para posteriormente demostrar que numerosas críticas realizadas a Tolkien desde la perspectiva feminista carecen de objetividad y rigor alguno. En primer lugar, partimos de la premisa de que lo enriquecedor de todo comentario de texto literario radica en la capacidad para analizarlo desde la perspectiva de cualquier corriente crítica sin considerar ninguna de ellas como un dogma de fe. Si lo que nos interesa es realizar una crítica constructiva, utilizaremos diferentes puntos de vista para aplicarlos al texto en cuestión. Por ejemplo, si estamos comentando una obra sobre la diáspora india en el Reino Unido, lógicamente aplicaremos numerosos principios de la crítica postcolonial, pero también podemos introducir elementos del psicoanálisis para analizar las relaciones familiares o premisas de la pragmática de textos para observar las diferencias de discurso entre



inmigrantes y británicos. De este modo, desde la distancia y teniendo en cuenta diversos enfoques, se logrará un comentario objetivo.

Si, por el contrario, nos basamos en los fundamentos teóricos de una sola corriente crítica y nos aferramos a ellos como únicos principios de análisis válidos, obtendremos un estudio sesgado, de escaso rigor y objetividad nula. Y es precisamente esto lo que observamos cuando nos aproximamos a la obra de Tolkien solamente desde los estudios de género. Aunque en este caso, los análisis que valiéndose de las tesis de esta corriente tachan su obra de machista ni siquiera se basan en datos fehacientes, que aun observándolos en conjunto hagan pensar que la mujer es denostada de algún modo. Lo flagrante de la inconsistencia de su argumentación recae precisamente en que parten de premisas infundadas que luego analizan desde la óptica de los estudios de género. Veamos algunos ejemplos.

A menudo se alega que no existe paridad de sexos en la obra de Tolkien y que el número de páginas dedicadas a los personajes masculinos sobrepasa con creces al de los personajes femeninos. Esto, aparte de ir en contra de la libertad de creación literaria es tan absurdo como si desde la crítica postcolonial se afirmara que el cuento de *Blancanieves* es racista porque ninguno de los enanitos es negro. Si además tenemos en cuenta que las obras de culto de la crítica literaria feminista están escritas exclusivamente por mujeres y para mujeres (véase por ejemplo *The Awakening* de Kate Chopin) y que este movimiento lucha por el reconocimiento de una literatura femenina frente a la masculina promoviendo constantemente el enfrentamiento entre ambas partes, la contradicción en la que caen es incuestionable.

Si nos situamos en el trabajo más popular de Tolkien, *El Señor de los Anillos*, es cierto que hay menos personajes femeninos que masculinos. (¿Y qué?) No obstante, si tomamos *El Silmarillion*, observamos que esa diferencia se reduce y que la mayor parte de los personajes femeninos desempeñan un papel determinante en las distintas tramas. Y es que otro de los argumentos que se han esgrimido para tachar de machista la obra de Tolkien es la pasividad y la escasa importancia que supuestamente desempeñan los personajes femeninos en sus historias. Mencionaremos algunos que a nuestro parecer son cruciales para desmontar la falsa premisa acerca del rol menor que ocupan en su obra.

Comenzamos con los valar, espíritus poderosos que dieron forma a Arda con sus melodías. Para sorpresa de aquellos que denuncian la falta de paridad de sexos en el universo Tolkien, los

valar femeninos son siete, al igual que los valar masculinos. En el primer grupo tenemos a Varda (dama de las estrellas y compañera de Manwë, reyes ambos de todos los valar), Yavanna (dadora de frutos, segunda en importancia después de Varda), Nienna (aunque se pasa el día llorando, transmite piedad y esperanza a los que la escuchan), Estë (la curadora de heridas), Vairë (la tejedora de todo lo que ocurre en el tiempo), Vána (hermana de Yavanna y como ella, unida a la tierra y a todo lo que allí crece) y Nessa (la bailarina, conocida por su valentía y agilidad).

De entre los maiar, servidores de los valar, podríamos mencionar a Melian como otro personaje femenino a tener en cuenta. Tras enamorarse del elfo Thingol permaneció con él en la Tierra Media sin regresar a Valinor hasta el fin del reinado de ambos. Gracias a su encantamiento conocido como Cintura de Melian, la ciudad de Doriath quedó protegida de todo mal hasta la muerte de Thingol. Otro personaje femenino crucial del *Silmarillion* es Lúthien. Hija de un elfo y una maia (Thingol y Melian), luchó contra todos hasta conseguir imponer su voluntad y gracias a ella Beren logró arrebatar un silmaril de la corona de Morgoth.

Para finalizar ya con los ejemplos de personajes femeninos de Tolkien que son determinantes para la trama de sus historias mencionaremos brevemente a Galadriel, Arwen y Éowyn. La primera de ellas es una dama de la raza de los Noldor, que se rebelaron contra los valar y abandonaron las Tierras Imperecederas para regresar a la Tierra Media y recuperar los silmarils. Decidió establecerse en Lórien junto a su compañero Celeborn y nadie negará a estas alturas que la que «lleva los pantalones» en esa relación es Galadriel... Además es portadora de Ninya, uno de los tres anillos de poder de los elfos. El personaje de Arwen es muy similar al de Lúthien, en tanto en cuanto renunció voluntariamente a los privilegios de su raza por amor a un mortal. Por último, Éowyn es una *shieldmaiden* o doncella guerrera de la tradición de las sagas nórdicas que tanto

entusiasmaban a Tolkien. Desobedeció a su tío, el rey Théoden, para luchar en la batalla de los Campos de Pelennor donde venció al señor de los nazgûl.

Estos son algunos ejemplos de personajes femeninos de peso con los que podríamos rebatir la equivocada y sin embargo extendida idea de que son pocos o irrelevantes los papeles femeninos en la obra de Tolkien. En cualquier caso, consideramos que la libertad de creación prima por encima de todo, y nada influye en la calidad literaria de una obra el hecho de que carezca de personajes femeninos o masculinos.

Artículos como el de Brenda Partridge titulado «No sex, please, we're hobbits: the construction of female sexuality in *The Lord of the Rings*» no hacen sino constatar el hecho de que si



descontextualizamos y analizamos sin criterio fiable alguno una obra literaria, obtendremos una crítica cargada de despropósitos que uno ha de tomarse a risa para poder digerirla de algún modo. Y aquí expongo alguno de los descabellados argumentos que utiliza esta autora para calificar a Tolkien de machista y misógino. Según ella, la batalla de Frodo y Sam contra Ella Laraña simboliza una violenta lucha sexual del hombre contra la mujer, donde la rotura de la tela de araña simboliza la rotura del himen y la pérdida de la virginidad. Además, tanto el vial de Galadriel como Dardo, la espada de Frodo, representan el falo que refleja la superioridad del hombre frente a la mujer, al vencer a Ella con estos elementos. A través de argumentos como éste justifica esta autora que Tolkien teme y a la vez aborrece la sexualidad femenina.

Aparte de considerar la perspectiva de diversas corrientes desde cierta distancia, otra de las claves para realizar un comentario de texto literario es contextualizar dicho texto y a su autor en un periodo histórico concreto. Parece que las voces que se alzan en contra de Tolkien por su marcado machismo en su obra no han considerado este aspecto. Es conveniente tener en cuenta que Tolkien vivió en el periodo comprendido entre 1892 y 1973 y que la mayor parte de su vida transcurrió en Inglaterra, en el conservador clima académico del Oxford de aquellos tiempos. Separarlo de este contexto para tacharlo cuarenta años después de ser un hombre machista no es ni mucho menos razonable ni coherente. Por supuesto que podría resultar machista si lo situamos en la época actual, como lo serían todos los hombres y también las mujeres de aquellos años, porque lo que a día de hoy es considerado como una actitud o comportamiento sexista hace cincuenta años no lo era. Las sociedades avanzan

y en lo que a la igualdad de género se refiere se han realizado grandes progresos, pero eso no significa que podamos ampararnos en la tan de moda lucha por la igualdad para tachar de machista todo lo que no encaje con los postulados de la crítica feminista. No obstante, cabría decir que una cosa es la obra de un autor y otra muy distinta son los detalles de su vida personal, y estos dos elementos no deberían mezclarse en el análisis crítico de un texto literario, cosa que sí hacen algunos autores. Por ejemplo, la ya mencionada Brenda Partridge, que como señala Joseph Pearce (1999:54) no tiene reparos en afirmar que Tolkien y Lewis mantenían una relación homosexual más allá de la amistad.

Por último, si tomamos las fuentes en las que Tolkien se inspiró para elaborar su cosmogonía de la Tierra Media, llegaremos a la conclusión de que el hecho de que las mujeres de Tolkien no adquieran roles típicos masculinos no es un síntoma de misoginia o de ausencia de igualdad, sino de coherencia con el mundo que había creado basándose en las sagas nórdicas y en la literatura anglosajona. Si en *Beowulf* tenemos a la reina Wealhtheow llevando a cabo el ritual de la ofrenda de regalos y no al rey Hrothgar, en *El Señor de los Anillos* tenemos a Galadriel y no a Celeborn realizando este mismo ritual. Porque si algo caracteriza a la obra de Tolkien es una minuciosidad y un perfeccionismo extremos, de tal forma que el detalle más insignificante queda perfectamente atado para, de este modo, dotar de sentido completo a todos los niveles de su mundo. Y ahí es donde se diferencian las historias mediocres de las brillantes, la fantasía de la subcreación.

Y aquel que quiebra algo para averiguar qué es, ha abandonado el camino de la sabiduría.

Bibliografía:

- Carpenter, Humphrey (2000). *J.R.R. Tolkien: A biography*. Nueva York: Houghton Mifflin.
- Cowman, Krista (2010). «'Carrying on a long tradition': Second-Wave presentations of First-Wave Feminism in Spare Rib c. 1972-1980». *European Journal of Women's Studies*. 17, 193-211. Disponible en: <<http://ejw.sagepub.com/>>.
- Gamba, Susana (2008). «¿Qué es la perspectiva de género y los estudios de género?». En *Diccionario de estudios de género y feminismos*. Buenos Aires: Biblos. Disponible en: <<http://www.mujeresenred.net/spip.php?article1395>>.
- Oppermann, Serpil Tunç (1994). «Feminist literary criticism: expanding the canon as regards the novel». Disponible en: <<http://warlight.tripod.com/OPPERMANN.html>>.
- Pearce, Joseph (1999). *Tolkien: Man and Myth*. London: Harper Collins.
- Tolkien, J.R.R. (2002). *El Silmarillion*. Barcelona: Minotauro.
- Tolkien, J.R.R. (2004). *The Lord of the Rings. 50th Anniversary Edition*. London: Harper Collins.

El cuento de la doncella

Joan Gregori Bagur «Silventiniël Dracdargent»

Encontrándome yo en profunda reflexión sobre antiguos textos perdidos, que había leído en las bibliotecas de Minas Tirith, cansado de estudio y dedicación a manuscritos proscritos de alejadas librerías; cabezeando casi vencido por el sueño, en el frío de una noche invernal, tomé la decisión de ir ya al encuentro del lecho y aliviar mi alma de tanto peso con merecido reposo.

Así me encontraba, horro-
rizándome en la oscuridad por el leve crujir de unas cortinas, a causa, sin duda, del leve toque de la maldad de Sauron, o quizá de las primeras raíces de una locura incipiente, nacida del tiempo pasado entre aquello que nadie más quiso leer. Cuando de pronto un ruido alteró mi mundo y me puso en pie junto a la cama, como si helada hoja mi carne hubiese tocado. Pero al prestar al huidizo ruido un atento oído no encontré sino el silencio por respuesta, y nada más.

«Será sin duda» me dije en voz queda, «algún sirviente tardío, que a malas horas olvidó sus tareas». Poco a poco mis palabras se fundieron en un silencio y el sueño siguió de nuevo con su batalla.

A mi mente vino entonces una historia casi olvidada, que en un rincón polvoriento de los viejos archivos gondorianos hallé un día y leí... ¡ay, leí!

Marcada en mi mente quedó la historia, hoy podría decir.

En un olvidado reino, de antiguas guerras lleno, en que los hombres acallaban los latidos de otros hombres a hierro y fuego, una doncella se enamoró, ¡pobre ángel desgraciado!, no de un caballero de corte, como hubieran deseado, sino de un capitán, que al pie del castillo o no muy lejos sin duda, dirigía las huestes de los hombres enemigos.

Su amor, desdichado destino, fue por él correspondido, y el ingenio consiguió que él, gran enemigo de las gentes del castillo, se paseara en secreto y disfrazado por las sombras del mismo. Bien podía imaginar, en mis delirios de lector, que aquel truhán enamorado, que la alcoba de su amada visitaba, sería también su perdición.

Como la luz del alba, que a las sombras deshilacha, el secreto de aquellos que no deberían haberse amado fue por los señores del reino descubierto. Y así, como castigo, aconsejando reflexión, mandaron a la doncella ocultar su rostro en una encerrada torre, hasta desdecirse de su amor.

Vacías encontró el enemigo las alcobas, y jamás a su amada volvió a ver, pues ésta siguió en la torre, y sólo la muerte la halló.

En el parador de Cardona, muy cerca del lugar donde celebrábamos la pasada EstelCon, hay numerosas historias de fantasmas que aparecen en alguna de sus habitaciones. También hay en Cardona una leyenda que habla de una trágica historia de amor, llamada *el Conte de la Minyona*. Fruto de esto nació este pequeño relato ambientado en un viejo rincón de Gondor, adaptado a los mundos de Tolkien para la lectura de cuentos. Sin más os dejo el relato para que lo disfrutéis. Espero que os guste.

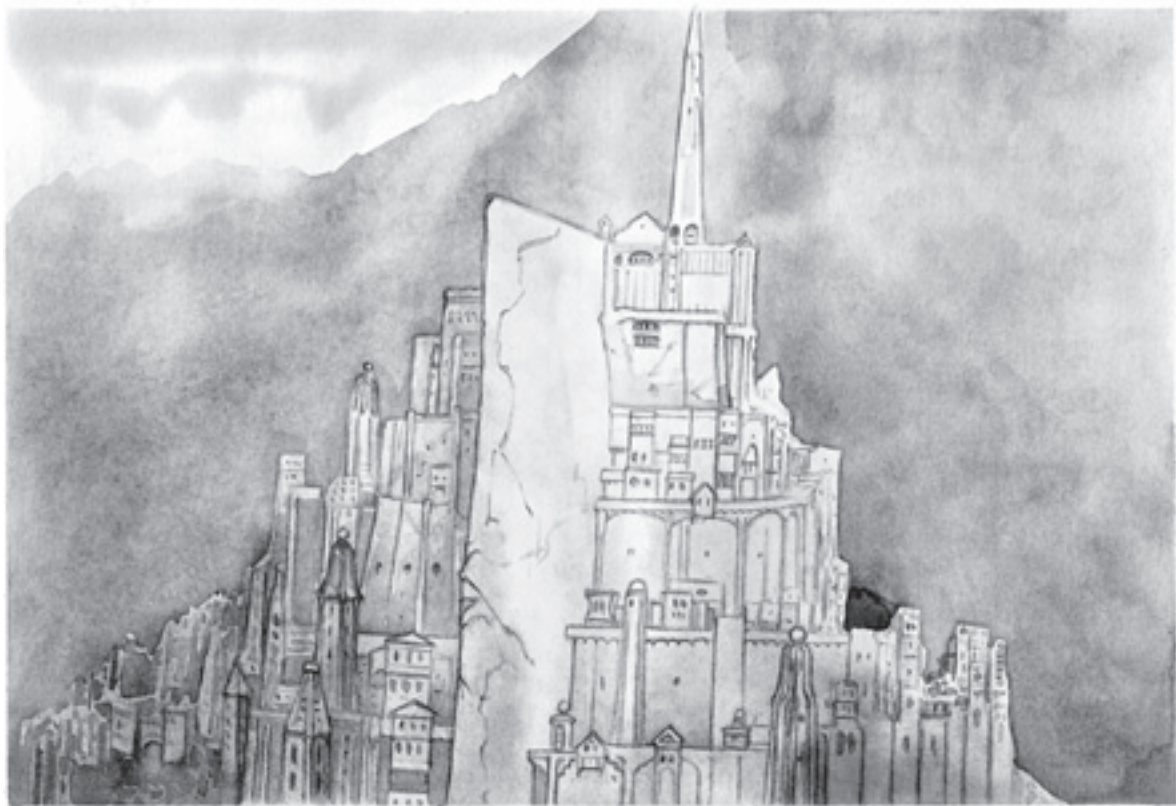


Y acababa el relato, que del polvo rescaté, contando que aquella dama y en ocasiones su galán, aún visitan las sombras que su romance buscó.

Así ensoñado en tales cavilaciones me hallaba, cuando de pronto otra vez el ruido me sobresaltó. Oscuro el frío me abrazaba, y jamás tanto terror sentí. Pero sacando de la nada fuerzas que en mí no conocía, me atreví a dirigirme a la fuente del sonido, que no era otra que la alcoba contigua, en apariencia vacía pues tan sólo yo moraba, como único invitado en esas estancias de la Ciudad Blanca.

como por un resorte automático mi embravecido cuerpo llamó otra vez. «¡Espere!» Otra vez tan oscura súplica a mi llamada en mi valor dejaba huella. Un «espere» y nada más.

Y esperando en vano esperé a que el morador de aquella estancia, que con tanto fervor me mandaba esperar, abriera de par en par la puerta para revelar ser un sirviente o alguien más. Pero al no abrirse tal puerta mi encontrada gallardía volvió de nuevo a actuar, y abriendo yo mismo crucé la entrada de piedra y allí vi a nadie. Soledad y nada más.



Y a mi mente vino el recuerdo de aquella historia leída, y la duda de si no serían los mismos pasillos, los que ante mí se alzaban, los que espectros incorpóreos por roto amor rondaban. Mi valor tomó la forma de queda llamada a la puerta, y el horror de una inesperada pero temida respuesta se articuló con un áspero y seco «¡Espere!». No daba crédito a tan rotunda voz de aquel que allí no debiera estar, y accionado

«Alguién que habrá escapado», me dijo mi alterada mente buscando explicación. Pero en aquella estancia tan sólo una ventana alta, que de un risco era atalaya, rompía la fría monotonía de paredes de piedra y viejos muebles. Y es que allí nadie había que vivo pudiera estar. Sólo espectros, nada más.

Grimorio filológico para lectores de *El Señor de los Anillos*

Rafael Juan Pascual Hernández «Caradhras»

Como ya he comentado en alguna ocasión con compañeros del Smial de Minas Tirith, que Frodo en verdad no se llame *Frodo* es, en mi opinión, evidencia de que la obra de Tolkien no es literatura al uso. Éste y otros ejemplos similares del *legendarium* van a ser tratados en el presente artículo, de carácter divulgativo.

Con ello pretendo llamar la atención sobre el método de composición de Tolkien y subrayar el hecho de que dicho método juega un papel crucial en hacer de su obra un todo tan característico. Finalmente, espero que dichas consideraciones supongan para el lector una invitación a tomar el camino que lleva a la Tierra Media (al final de la lectura se entenderá a qué me refiero).

En el volumen duodécimo de la serie *La Historia de la Tierra Media, The Peoples of Middle-earth* (Tolkien, 1996: 50), se revela que el nombre verdadero del personaje al que Tolkien llama *Frodo Baggins* es *Maura Labingi*. Esto quiere decir que si alguno de nosotros pudiese llegar a tener en sus manos el Libro Rojo de la Marca Occidental o una copia fidedigna del mismo, jamás encontraría, por mucho que la buscase, la palabra *Frodo*. Y también quiere decir por ejemplo que Gandalf (que tampoco se llama ni es llamado en momento alguno *Gandalf* en verdad) nunca se hubiese referido a Frodo con la palabra *Frodo*, sino con *Maura*. Y yendo un poco más lejos, esto quiere decir que si alguno de nosotros tuviese al Portador del Anillo delante y le dijese «¡Frodo!», a él le resultaría igual de extraño que si se le llamase «¡Pepe!». *Maura* es una palabra arcaizante del oestron para decir «sabio» o «experimentado», y ya que Tolkien traduce el oestron al inglés, debe en consecuencia traducir el oestron arcaizante al inglés antiguo o anglosajón.¹ *Frodo* es por tanto al inglés lo que *Maura* es al oestron.

Haciendo esto Tolkien está dinamitando en beneficio del lector su propia autoridad como autor (palabras que no en vano están relacionadas etimológicamente): la literatura es convertida en Historia para permitir la fe secundaria de quien lee. Los lectores más exigentes hubiesen encontrado

incoherente que un hobito de la Tercera Edad del Sol tuviese un nombre en inglés antiguo. Tolkien recurre entonces a la idea de la traducción para hacer la fe de estos lectores posible. He aquí una muestra de la diferencia (cualitativa, diría yo, y no cuantitativa) existente entre *El Señor de los Anillos* y las obras con las que comparte estante en la mayoría de librerías.

Convertir la literatura en Historia requiere por un lado de un esfuerzo éntico y por otro de una sabiduría mágica. Y si el método por el que se produce dicha metamorfosis es, como vamos a ver, en gran medida filológico, entonces quien ha desvelado la Materia de la Tierra Media necesariamente tenía que ser un mago muy poderoso: el mago de las palabras.

En este breve (pero espero que agradable) paseo filológico por *El Señor de los Anillos* partiremos de lo anecdótico para finalmente llegar a algunas consideraciones generales sobre el método de composición de Tolkien. Empezaremos recordando las erupciones del volcán islandés Eyjafjallajökull de la pasada primavera. Como filólogo germanista en ciernes, me pregunté acerca de la etimología de este topónimo y tras una rápida investigación averigüé que se trataba (¡cómo no!) de un clásico compuesto germánico N+N+N (de similar estilo al «subanestrujenbajen» del chiste): *eyja*, que es el genitivo plural de *ey*, «isla»;

fjalla, que es el genitivo plural de *fjall*, «montaña»; y el núcleo de la expresión, *jökull*, que aparece consecuentemente en nominativo singular y significa «glaciar» o «campo de hielo». De este modo, una posible traducción española para este topónimo islandés podría ser «el glaciar de las montañas de las islas». Parece ser que el nombre se debe a que el volcán se encuentra aislado por las montañas que conforman su base.

Si bien este volcán aislado por montañas puso en jaque el espacio aéreo europeo, el nombre que porta no hizo menos estragos, colapsando el aparato fonador de todo aquel que intentaba pronunciarlo. Sin embargo, intuyo que Tolkien hubiese sido inmune a este mal. Por alusiones (véase mi sobrenombre), la palabra para «montaña», *fjall*, captó mi atención y me pregunté cuál podría ser su cognado² inglés. El OED (Diccionario Oxford de Inglés) me dio la clave: el cognado inglés de la palabra islandesa *fjall* es *fell* (ambas descendientes de la palabra protogermánica *felzo). Este *fell* es distinto del pretérito del verbo fuerte *fall* y también del adjetivo que significa «cruel», que aparece en *the Fell Winter*, el Invierno Cruel del año 495 de la Primera Edad del Sol y del 2911 de la Tercera. Este otro *fell* es una palabra para referirse a una montaña, a una colina o a un páramo, especialmente en el norte de Inglaterra (donde tenemos los picos Bowfell y Scawfell, que claramente la conservan). Su cualidad de germánica y de elemento toponímico típicamente inglés activó mis alertas: ¿es posible que la utilice Tolkien en su ficción? Recurrí entonces al glosario elaborado por Oliver Loo (*A Tolkien English Glossary: A Guide to Old Uncommon and Archaic Words Used in The Hobbit and The Lord of the Rings*) y... ¡la cacé!³

[...] said Strider. 'We have now come to the river Hoarwell, that the Elves call Mitheithel. It flows down out of the Ettenmoors, the troll-fells north of Rivendell'

Que en la versión española ha sido traducido como:

[...] dijo Trancos. 'Hemos llegado al río Fontegrís, que los Elfos llaman Mitheithel. Desciende de las Landas de Etten, los páramos de los trolls al norte de Rivendel' (LR 1 XII:20)

Aprovechemos ahora que la palabra *fell* nos ha traído hasta esta cita y su traducción para pararnos a hacer algunas consideraciones. La traducción al español de *El Señor de los Anillos* es, en términos generales, excelente. Lo apreciamos por ejemplo en una palabra como *fells*, traducida como «páramos», o más aún en *Hoarwell*,⁴ traducida como Fontegrís. La utilización del monoptongo original latino/o/ en lugar del diptongo español más evolucionado /ue/ le da un aire excepcionalmente toponímico (en la provincia de Lugo encontramos por ejemplo el pueblo de Fonsagrada). Con todo, hay algunos anglicismos que entran en conflicto con aquellos términos que sí han sido traducidos, lo que a su vez puede repercutir sobre el grado de coherencia que el lector percibe en la obra. Fijémonos en «Rivendel» y «Etten»: a pesar de que la primera ha sido españolizada ortográficamente al suprimírsele una <l>, ambos han sido dejados sin traducir. *Rivendell* es el resultado de la unión de las palabras inglesas *riven* y *dell*. *Riven* es el participio de pasado del verbo fuerte *rive*, que entra en el inglés a través del nórdico antiguo y significa «partir», «romper», «desgarrar»; *dell* es una palabra genéticamente emparentada con *dale*: significa «valle boscoso». Así pues,

un término español por el que pienso que *Rivendell* podría haberse traducido es Valdepartido o, como Carlos Márquez «Denethor II» me sugirió, Valdequebrado. De este modo, la coherencia en la traducción queda intacta: *Hoarwell* es a *Mitheithel* lo que Fontegrís a *Hoarwell*; y *Rivendell* es a *Karningul* (y éste a *Imladris*) lo que Valdequebrado a *Rivendell* (que es, de hecho, un valle partido o quebrado y boscoso). Como vemos, al traducir *Rivendell* al español aplicaríamos la misma técnica usada por Tolkien para conferir a su obra profundidad, historicidad y, consecuentemente, credibilidad.





Con la palabra *Etten* sucede igual: es una posible forma en inglés actual para la palabra anglosajona *eoten*, «gigante», que no ha sido traducida al español. Para un lector anglohablante sin formación filológica la palabra *etten* resulta incomprensible. Parece que para los hobitos también pues, tras mencionar el nombre, Trancos explica qué es ese lugar: los páramos de los troles. Metiéndonos en la lógica de la Tierra Media (es decir, aplicando el método que Tolkien utiliza) esto significa que el primer término que conforma el topónimo traducido al inglés como *Ettenmoors* es en oestron una palabra arcaizante, tanto como *etten* lo es con respecto a *troll* en inglés. Por ello propongo que *Ettenmoors* sea traducido al español como las Landas de los Jayanes: «jayán» es una palabra que significa «gigante» (de hecho comparte la raíz) y tiene la ventaja de que puede generar en el lector español la misma sensación de extrañeza que *etten* genera en el lector inglés (o que la palabra equivalente a *etten* en oestron generó en los hobitos y que hizo necesaria la explicación que da Trancos).

No obstante, es fundamental no llamarnos a engaños. Los tres topónimos arriba considerados, *Hoarwell*, *Rivendell* y *Ettenmoors*, son traducidos al español siguiendo minuciosamente las indicaciones dadas por el propio Tolkien en su

guía para la traducción de nombres de *El Señor de los Anillos*, publicada en el *Reader* de Hammond y Scull:

Ettenmoors. Meant to be a C[ommon] S[peech] (not Elvish) name, though it contains an obsolete element eten 'troll, ogre'. This should be retained, except in a L[anguage of]T[ranslation] which preserves a form of the same word, as Dan. jætte, Swed. jätte, Icel. jöttunn (...) Similarly Ettenmoors (...).

Hoarwell. CS translation of Mith-eithel (...). Translate.

Rivendell. 'Cloven-dale': CS translation of Imlad-ris(t) 'deep dale of the cleft'. Translate by sense, or retain as seems best. (...)

(Hammond y Scull, 2005: 770, 772 y 774-5 respectivamente)

Como Helios De Rosario «Imrahil» afortunadamente me comentó en un mensaje privado (13 de agosto de 2010), en la guía Tolkien recomienda por defecto no traducir ciertas unidades léxicas: aquéllas de las que, por desconocimiento de la lengua receptora, él no puede estar seguro de que vayan a ser traducidas

por un elemento simétrico y por tanto coherente. Podríamos decir entonces que en su guía Tolkien optó por el mal menor y que las incongruencias arriba mencionadas son producto del esmero con el que Francisco Porrúa aplicó sus indicaciones. Sin embargo, si por un lado aceptamos la versión del propio Tolkien (que él no es el autor sino un mero traductor y editor de la Materia de la Tierra Media) y por otro adquirimos un cierto grado de formación filológica, entonces podemos arriesgarnos a encontrar un término de la lengua receptora que sea apropiado (si es posible, tanto como *Rivendell* lo es a *Karningul*). De este modo podríamos tener un número importante de topónimos completamente traducidos al español. Si a esto se le añade la estandarización de los nombres de las diferentes razas y especies de la Tierra Media (si *orc* es «orco» entonces *ent* podría ser «ento», etc.), podríamos llegar a alcanzar un nivel considerable de coherencia. Con todo, creo que es importante que señale que no es mi propósito ser preceptivo ni tampoco criticar la traducción al español de *El Señor de los Anillos*. Mi intención al plantear estas otras posibilidades es la de resaltar la idea propuesta por Tolkien de que él encuentra, traduce y edita el Libro Rojo, lo que a su vez es de capital importancia para permitir la ya mencionada fe secundaria del lector.

La palabra inglesa *fell* («montaña», «colina», «páramo») que nos ha traído hasta aquí aún puede llevarnos más lejos. Una tarde, ya más tranquilo el Eyjafjallajökull y después de haber considerado su etimología, me encontraba leyendo la edición del poema aliterativo inglés *Sir Gawain and the Green Knight* realizada por Tolkien y E.V. Gordon y revisada por N. Davis cuando me topé con los siguientes versos (718-23):

*So mony meruayl bi mount þer þe mon fyndez,
Hit were to tore for to telle of þe tenþe dole.
Sumwhyle wyth wormez he werrez, and with
wolues als,
Sumwhyle wyth wodwos, þat woned in þe knarrez,
Boþe wyth bullez and berez, and borez oþerquyle,
And etayneþ, þat hym aneledede of þe heze felle;*⁵

Aunque estos versos, que nos hablan de lo que acontece a Don Gabino antes de encontrar el castillo de Bertilak, son ya de sobra conocidos para el tokiendil por palabras como *wodwos* y *etayneþ*, que en seguida pasaremos a comentar, quisiera en primer lugar resaltar la última palabra del fragmento, que fue la que en esa ocasión tanto llamó mi atención: *felle*. Huelga decir que este *felle* es el *fell* que aparece tanto en el nombre del volcán islandés como en el nombre que da Trancos a las Landas de los Jayanes.⁶ El propio Tolkien, que realizó una versión en inglés moderno de la obra, los traduce como sigue (Tolkien, 2006: 38):

*So many a marvel in the mountains he met in those
lands
that 'would be tedious the tenth part to tell you thereof.
At whiles with worms he wars, and with wolves also,
at whiles with wood-trolls that wandered in the crags,
and with bulls and with bears and boars, too, at times;
and with ogres that hounded from the heights of the
fells.*

Tolkien por un lado traduce al inglés moderno desde el medio unos versos en los que coinciden las palabras *etten* (en su forma *etayneþ*) y *fell* (como *felle*), y por otro escribe unas líneas de *El Señor de los Anillos* en que se dan las mismas palabras (o, como él diría, traduce al inglés moderno unas líneas en oestron del Libro Rojo de la Marca Occidental en que se dan dos palabras que pueden ser exitosamente traducidas por *etten* y *fells*). Pues bien, dejemos que sea ahora este paralelismo entre el autor de *Sir Gawain* y Tolkien el que nos conduzca a considerar las cuestiones centrales del método (sub)creativo de Tolkien. Aunque éstas ya han sido estudiadas por T.A. Shippey, entre otros (como S.D. Lee y E. Solopova), me gustaría abordarlas aquí con un ánimo divulgativo, como menciono al principio, y desde la misma perspectiva que mi director de tesis, José Luis Martínez-Dueñas Espejo, y yo mismo adoptamos en la clase que impartimos en el curso *Un relámpago en un cielo claro: aproximaciones a J.R.R. Tolkien y su obra*, celebrado en la Universidad de Granada del 15 al 25 de marzo de 2010.

El título de la clase fue «El glamour de J.R.R. Tolkien: su obra y la lengua y la literatura inglesas medievales». Se hace ahora necesario dar una explicación sobre la palabra «glamour» y la relación que ésta tiene con Tolkien. Esto a su vez arrojará luz sobre el título del presente artículo, que se manifestará entonces como lo que verdaderamente es.

Esta palabra, «glamour», que tan familiar nos es a día de hoy en español, es de origen inglés. Curiosamente, se trata de una corrupción de la palabra *grammar* («gramática») que empezó a darse en la literatura inglesa del siglo XVIII con el significado de «saber oculto», «magia», «cantamiento». Sencillamente, en un momento dado una parte de la comunidad de hablantes empieza a relacionar el conocimiento gramatical con lo misterioso y lo mágico. Será posteriormente cuando desarrolle los significados vigentes actualmente (ver el OED). T.A. Shippey explica la etimología de esta palabra en *The Road to Middle-earth* (2005: 58-61), relacionándola con la *deceptio visus* latina o la *sjónhverfing* del nórdico antiguo, presente en el Edda de Snorri Sturluson;⁷ Helios De Rosario se hace eco de esta explicación

en su artículo «*Fairy and Elves in Tolkien and Traditional Literature*» (De Rosario, 2010a: 67) con el propósito de aclarar a su vez la etimología de la palabra *fairy*. José Luis Martínez-Dueñas y yo, por otra parte, quisimos aprovechar los cambios de significado de «glamour» a lo largo de su historia para explicar en qué consiste el método de creación de Tolkien, que como hemos dicho más arriba, es fundamental a la hora de hacer de su obra algo singular.

Es bien conocido por todos el deseo que tenía Tolkien de dar una mitología a su país, a Inglaterra, que etimológicamente significa «tierra de anglos». Menciono esta etimología porque es esencial tener claro a partir de ahora que lo inglés es lo anglico, es decir, lo anglosajón y consecuentemente lo germánico, en oposición a lo céltico y lo británico. Esta fue la idea que Miguel González y yo desarrollamos en la conferencia que impartimos en la Mereth Artúrica de Erebor el 24 de abril de 2010. Un conjunto de mitos y leyendas en los que el protagonista, un rey britano, se enfrenta a los invasores anglos y sajones de Britania difícilmente puede ser considerado una mitología «ánglica». Sin embargo, incluso a día de hoy se identifica la Materia de Bretaña, de origen celta y normando, con Inglaterra, la tierra de los germánicos anglos. Esto se debe a la laguna mitológica inglesa, pues al no existir actualmente documentación en la que la verdadera mitología anglosajona quede conservada se piensa que la mitología inglesa es la más próxima a la geográficamente más cercana: la celto-britana. Nada más lejos de la verdad, como Tolkien tenía claro. Así pues, Tolkien se propone rellenar esa laguna a través de su ficción (no es la única laguna que rellena, como atestigua el recientemente publicado *The Legend of Sigurd and Gudrún*). Para ello recurre al método filológico de reconstrucción. Más arriba, cuando hablo del origen de la palabra *fell*, menciono la palabra protogermánica **felzo*, de la que deriva *fell*. El asterisco significa que la palabra no está escrita en documento alguno pero que, comparando todos sus cognados (ver nota 2) en las distintas lenguas germánicas, se ha podido llegar a saber cómo era en la lengua madre. Eso es precisamente lo que Tolkien hace a un nivel mitológico. En inglés medio existe la palabra *etaynez*. Ésta a su vez proviene de la palabra anglosajona *eoten*, “gigante”, que aparece en *Béowulf*. Sin embargo, en el momento en que se ponen por escrito ya no está claro qué clase de gigante es un *eoten*.

Como Helios De Rosario menciona en su artículo «El sexo de los elfos» (De Rosario, 2010b: 9), en este mismo número de *Estel*, Inglaterra se cristianizó muy pronto. En consecuencia, la mitología inglesa original, de origen germánico, se olvidó rápidamente y tan sólo quedaron de ella algunos restos descontextualizados: *etaynez*, *wodwos*, *orcneas*, *ylfe*, etc. Tolkien compara los cognados del *ent* anglosajón en otras mitologías similares que sí se han conservado por escrito, como la nórdica, y extrae además lo común que tienen todos los contextos en los que la palabra aparece. De este modo llega finalmente a Bárbol. Es decir, Tolkien imagina cómo podrían haber sido un ento, un huose, un orco o un elfo de la mitología inglesa original de la misma manera que el filólogo, observando *fell*, *fjall* y más palabras relacionadas, llega a la conclusión de que la original protogermánica es **felzo*, incluso aunque no esté documentada. En este sentido, Tolkien hace magia (literatura o, mejor dicho, mitopoiesis) partiendo de la palabra (es decir, del léxico, una parte de la gramática): hace brotar mitos de las palabras. Podemos afirmar por tanto que Tolkien hace glamour a través del glamour y que el glamour de Tolkien no es ni más ni menos que su especial método de (sub)creación: usar la palabra y su historia para arrojar luz sobre un ser mitológico que estaba oculto. Los entos existían potencialmente en el significado diacrónico de la palabra *eoten*, pero nadie hasta el siglo XX había utilizado la magia filológica para inventarlos, es decir, para descubrirlos.⁸ Desde esta perspectiva, el título del estudio biográfico escrito por Eduardo Segura «*Elfwine*», *El mago de las palabras*, cobra un sentido completo: Tolkien es capaz de hacer magia a través de la gramática. Por otro lado, la conferencia de Carlos Márquez y Miguel González, «El encanto de Tolkien», puede



ser entendida desde esta óptica como el glamour o encantamiento de Tolkien.

Que Tolkien encanta es evidente; de hecho la mayor parte, si no la totalidad, de los lectores de esta revista está bajo dicho encanto. Y este encanto es, como no puede ser de otra manera, gramatical e histórico. Para Tolkien la palabra determina el referente, como indica Shippey a lo largo de *The Road to Middle-earth*, y esto hace que el resultado alcance unos niveles de verosimilitud que distancian, cualitativamente, a *El Señor de los Anillos* de gran parte de la literatura de su tiempo y de la posterior que pretende parecerse (ya fue perfectamente definido por C.S. Lewis como «un relámpago en un cielo claro»). Quizá la crítica literaria sea incapaz de ver esto, pero no se le pueden pedir agueros alado al roble. Los críticos literarios no suelen tener formación filológica y gramatical (es decir, formación glamourosa: mágica). A esto es a lo que me he referido cuando en ocasiones he dicho que *El Señor de los Anillos* no es literatura, sino filología: los niveles de precisión en lo que a coherencia (no sólo lingüística, sino también histórica, geográfica...) se refiere son tales que se convierte en un donut⁹ que no puede ser digerido por el aparato digestivo de la crítica. Cuando el crítico se dispone a desmenuzar la obra de Tolkien se da de bruces contra una puerta cerrada a cal y canto, y es incapaz de encontrar la palabra mágica que la abra (aunque ya debería haber quedado claro que toda palabra es mágica). Sólo gente como T.A. Shippey («glamouroso» abedul)¹⁰ tiene las llaves que abren la puerta a la Tierra Media.

Al principio de este artículo entramos en la geografía de la Tierra Media a través del volcán islandés y de la palabra *fell*, que nos condujo a continuación a *Sir Gawain*, con sus *wodwos* y sus *etaynez*, que a su vez nos mostraron el glamour de Tolkien, el corazón de su método de creación. Para concluir, dejaremos que el glamour nos

lleve a la palabra «grimorio» y así a entender completamente el título del artículo.

Un grimorio es un libro de hechizos y encantamientos y su origen es, como el lector ya habrá adivinado, el mismo que el de «glamour»: una corrupción de la palabra, en esta ocasión francesa, *grammaire*. En Francia, una *grammaire*, una «gramática», era en principio un libro sobre la lengua latina; posteriormente, cualquier libro escrito en latín recibió ese nombre. Finalmente, tenemos que la mayoría de libros sobre magia están escritos en latín, por lo que se recurre al término que antaño se utilizaba para referirse a un libro en latín: la corrupción de *grammaire*, *grimoire* («grimorio»). En términos etimológicos el grimorio no es sólo un libro de hechizos sino también un libro sobre gramática. Es por tanto un libro sobre glamour y glamouroso es el método de invención tolkieniano (uso mágico, es decir, creativo, de la gramática). Desde este punto de vista la expresión «grimorio filológico» es un epíteto, ya que cualquier libro sobre gramática es filológico. Un grimorio filológico para lectores de *El Señor de los Anillos* es entonces un libro que revela la gramática (es decir, el método) que subyace y por la que se rige la principal obra de Tolkien, construida en gran medida a partir de la filología, como hemos visto más arriba.

Sólo me queda ya decir que sobre este artículo, que se basa en un *wordlác* (para saber qué significa *lác* ver De Rosario, 2010b: 6), hay un *glamoury*, un encantamiento, y que es una suerte de *dwimmerlaik*, puesto que no es lo que dice ser. Éste no es el verdadero grimorio para entender el glamour (la magia gramatical) de *El Señor de los Anillos*, sino que pretende ser tan sólo una humilde nota al pie y una invitación a leer el que considero que es el verdadero grimorio filológico para lectores de *El Señor de los Anillos*: *El Camino a la Tierra Media*, de T.A. Shippey.

Referencias

De Rosario Martínez, H. (2010a) «Fairy and Elves in Tolkien and Traditional Literature», en *Mythlore* Issue 109/110, vol. 28, no. 3/4, ed. Janet Brennan Croft. Altadena, CA: The Mythopoetic Society.

— (2010b) «El sexo de los elfos», en *Estel* no. 67. Valencia: Sociedad Tolkien Española.

Fisher, M. (2003-2010) *The Encyclopedia of Arda: An Interactive Guide to the Works of J.R.R. Tolkien* (<http://www.glyphweb.com/arda>).

Gordon, E.V. y J.R.R. Tolkien (1967) *Sir Gawain and the Green Knight*, revisado por N. Davis. Oxford: Oxford Clarendon Press.

Hammond, W.G. y C. Skull (2005) *The Lord of the Rings: A Reader's Companion*. Londres: HarperCollins Publishers.

— (2006) *The Lord of the Rings, 1954-2004: Scholarship in Honor of Richard E. Blackwelder*. Milwaukee, Wis.: Marquette University Press.

Lee, S.D. y E. Solopova (2005) *The Keys of Middle-earth: Discovering Medieval Literature through the Fiction of J.R.R. Tolkien*. Houndmills: Palgrave Macmillan.

Loo, O. (2010) *A Tolkien English Glossary: A Guide to Old Uncommon and Archaic Words Used in The Hobbit and The Lord of the Rings*. Autopublicado a través de Lulu.com

- y de posible consulta virtual en <http://www.tolkienenglishglossary.com>.
- Martínez-Dueñas Espejo, J.L. (2008) *Las fronteras de los ingleses*. Alcalá la Real: Alcalá.
- Segura Fernández, E. (2002) *El mago de las palabras*. Barcelona: Casals.
- (2010) «Revisiones de lo fantástico: los Inklings y el estatuto epistemológico de la subcreación literaria», en *Estel* no. 66. Valencia: Sociedad Tolkien Española.
- Shippey, T.A. (2005) *The Road to Middle-earth*. Londres: HarperCollins Publishers.
- Tolkien, J.R.R. (1996) *The Peoples of Middle-earth (The History of Middle-earth, vol. XII)*. Editado por Christopher Tolkien. Boston: Houghton Mifflin.
- (2005) *The Lord of the Rings*. Edición especial del quincuagésimo aniversario. Londres: HarperCollins Publishers.
- (2006) *Sir Gawain and the Green Knight*. Editado por Christopher Tolkien. Londres: HarperCollins Publishers.

Notas

1. Para una matización de la distinción de uso existente entre las expresiones «anglosajón» e «inglés antiguo» recomiendo leer la obra *Las fronteras de los ingleses* (Martínez-Dueñas, 2008: 37).
2. Cuando dos palabras de dos lenguas distintas son el resultado del desarrollo de un único término de una tercera lengua se dice de ellas que son cognados (del latín *cognatus*: «consanguíneo»). Por ejemplo, la palabra latina *lupus* evoluciona a español como «lobo» y a italiano como *lupo*. En consecuencia, «lobo» y *lupo* son cognados.
3. Posteriormente averigüé que la palabra aparece también como parte del topónimo *Coldfells* (Montesfríos): es la región en la que un grupo de trolés dio muerte a Arador, abuelo de Aragorn; posiblemente sea sinónima de *Ettenmoors* (ver *The Encyclopedia of Arda: An Interactive Guide to the Works of J.R.R. Tolkien*). La palabra *fell* también aparece en *The Hobbit*, en la canción de los enanos: «*in hollow halls beneath the fells*» (HI:70).
4. El nombre sindarin del río es, como apunta el propio Trancos, *Mithethel*. *Mith* no sólo significa «gris» (como en Mithrandir), sino que también significa «niebla». Esto hace de la palabra *hoar* una opción doblemente apropiada: significa «gris» y, desde el siglo XVIII, por confusión con la palabra holandesa *haar*, también significa «niebla» (ver el OED). Además, en inglés *hoar* aparece calificando a algunos objetos que han servido para marcar la línea divisoria entre dos regiones distintas, como por ejemplo *hoar-stone*. Quizá Tolkien tuviera esta idea en mente, pues el Fontegrís es uno de los ríos que delimita el Angulo de Rhudaur (ver el mapa de Rhudaur que se muestra en esta misma página).
5. Mi traducción al español desde el inglés medio:

Tantas maravillas el caballero en la espesura encuentra que sería demasiado difícil relatar de ellas la décima parte. En ocasiones con dragones guerra, y con lobos también; otras veces, con hombres salvajes, que habitan en los riscos; con ambos, toros y osos, y con jabalíes otras tantas; y con jayanes, que lo acosaron desde las altas montañas.
6. No es ésta, además, la única ocasión en que un topónimo islandés y uno de la Tierra Media se parecen. De hecho, gracias al álbum de fotografías del viaje a Islandia de Miguel González «Mandos» descubrí que hay un lugar en dicho país cuyo nombre coincide completamente con uno del *legendarium*. Se trata del lago Mýrvatn. Este topónimo está formado por los nombres *mýt*, «mosquito», y *vatn*, «lago», cuyos cognados ingleses son respectivamente *midge* y *water*: Midgewater, genialmente traducido al español como Moscagua, es la zona pantanosa que atraviesan Trancos y los hobitos camino de la Cima de los Vientos. A quien quiera saber más sobre la presencia de nique-briques en el lago islandés le recomiendo que pregunte a Miguel «Mandos» sobre su aventura en Moscagua.
7. Con este sentido la utiliza Tolkien en su traducción al inglés moderno de *Sir Gawain* (Tolkien, 2006: 91). Según palabras del propio Bertilak, él mismo se encontraba hechizado (bajo los efectos de un *glamour*, en palabras de Tolkien) por Morgana Le Fay (palabra cuya raíz es analizada por Helios De Rosario, 2010b: 5-6) de tal modo que pareciese ser a los ojos de los demás lo que realmente no era. Así pues, podría decirse que el Caballero Verde es un *dwimmerlaik* (aunque no un «señor de la carroña»). Para saber más sobre el término *dwimmerlaik* y su etimología: De Rosario, 2010b: 6.
8. Utilizo «inventar» en su sentido etimológico, al igual que Eduardo Segura en su artículo «Revisiones de lo fantástico: los Inklings y el estatuto epistemológico de la subcreación literaria», en *Estel* 66 (Segura, 2010: 8).
9. «Dónut» es la adaptación a la ortografía española de *doughnut*, que es a su vez un compuesto típicamente germánico N+N: *dough* y *nut*. Este *dough*, que significa «masa» o «pasta», es, como señala Shippey (Hammond, 2006: 26), el cognado inglés de la palabra latina *fictionem*, «ficción». El dónut es por tanto una metáfora etimológicamente justificada para referirse a la ficción de Tolkien como un todo minuciosamente formado, amasado y redondeado.
10. Para entender la tolkieniana referencia a los aquenios alados, al roble y al abedul ver Shippey, 2005: 310-11 y 400-3.



Fragmento del mapa de The Lord of the Rings

Crónica de la Mereth Artúrica de Erebor

Antonio Rodríguez «Grichan»

La Mereth Artúrica de Erebor no ha sido una mereth al uso. Primero, porque no sabemos bien si ha sido de Erebor o de Númenor, pues tanto ha sido el apoyo que hemos recibido del smial madrileño. Y segundo, por ser el resultado de la descabellada idea de organizar un encuentro entre tan sólo dos organizadores: Gonzalo *Alatar* y el firmante de este artículo.

Por ello, esta crónica tampoco va a ser una crónica al uso. En lugar de limitarme a narrar los acontecimientos ocurridos durante el encuentro, relataré su génesis desde los inicios del proyecto. Espero que sirva como botón de muestra de lo que se precisa para preparar una mereth, y también para desmontar mitos al respecto y animar a otros smiales a preparar sus propios encuentros.

La preparación

Todo empezó con aquella famosa frase de «¿por qué no hacemos una mereth?» No recuerdo quién la pronunció, ni creo que él mismo quiera recordarlo, pero el mal ya estaba hecho. En nuestras imaginaciones nos vimos rodeados de amigos, debatiendo, comiendo y riendo, en torno a uno de nuestros temas favoritos: las leyendas artúricas. Por desgracia (o por suerte, según se mire), no teníamos dónde reunir a varias docenas de tolkiendili. Así que el proyecto durmió el

sueño de los justos durante algunos años. Más concretamente, hasta el 1 de agosto de 2009.

En tan señalada fecha, viajé a Sanabria con un amigo, y la casa rural en la que nos alojamos nos sorprendió gratamente. Tenía un tamaño razonable, un ambiente ideal para cualquier tipo de reunión de la STE y un entorno de ensueño. Tanto es así que, ya antes de despedirnos, consulté la posibilidad de alquilarla para un fin de semana completo. De vuelta en Zamora, no tardamos en recuperar los viejos planes de hacer una mereth artúrica.

A finales de agosto, Paco *Lórinlor* nos preparó en Valencia una excelente IV Mereth o Tarwendili. Allí, entre tres maratonianas conferencias de tres horas cada una, comenté, como el que no quiere la cosa, que en Erebor estábamos pensando en celebrar una mereth. La respuesta fue unánime y alentadora: Númenor nos brindó todo su apoyo, y varios de los asistentes expresaron su intención de venir. Cuando regresé a Zamora y se lo comenté a Gonzalo, no hizo falta debatirlo mucho. La decisión estaba tomada.

Bueno, no del todo. Había muchos flecos, sobre todo aquel pequeño detalle de cómo un nomial con tres socios activos iba a proporcionar actividades para todo un fin de semana. Decidimos actuar con nocturnidad y alevosía con el fin de conseguir enmarronar a socios de otros smiales para que nos hicieran el trabajo, y urdimos un plan para asegurarnos sus apoyos.

La primera fase del plan se desplegó en la EstelCon de Lórien. Allí, entre cenas, Asambleas Generales y reuniones de Juntas Directivas, fuimos dejando al gato salir del saco. Poco a poco. La fecha del encuentro se fijó para el 23, 24 y 25 de abril cuando Númenor me comunicó que no iban a celebrar su Mereth EruKerme en 2010 y las gemelas de Edhellond me



confirmaron que, gracias a Bolonia, ese fin de semana quedaba suficientemente alejado de los exámenes. Y en la comida del último día («a los postres», que dirían Les Luthiers), Áurea *Elanor Peucansat* pronunció un consejo que resultó sumamente útil. «No apuntéis demasiado alto», dijo. «Mejor pecar de modestos que intentar algo grande y quedar a medias». La EstelCon nos sirvió, además, para entregar cartas de invitación a smiales vecinos y amigos, en las que les pedíamos formalmente su ayuda y les convocábamos a una meren en Erebor el 5 de diciembre.

El mes y medio siguiente lo gastamos en publicitar descaradamente nuestro proyecto de Mereth («una actividad, por caridad») e ir plantando los cimientos. Las propuestas de actividades comenzaron a llegar, cerramos un acuerdo verbal con la casa rural y cuando miembros de los smiales de Imladris, Hammo y Erebor nos reunimos en la meren, estaba claro que el plan era suficientemente sólido como para lanzarnos adelante. Ese mismo día redactamos el horario provisional y establecimos un calendario para las labores organizativas.

Y a partir de ahí, mucho trabajo, y poco interesante que contar. Gastamos la Navidad y parte de enero comenzando a planificar las actividades y trabajando en la web de la mereth, que presentamos oficialmente el 26 del primer mes del año; abrimos el plazo de inscripción el 14 de febrero (sólo nos faltó aquello de «por San Valentín, regala Mereth Artúrica»), y seguimos trabajando, sin prisa pero sin pausa, con un mínimo de una reunión de control semanal. Poco a poco, casi mágicamente, las actividades fueron cayendo cada una en su sitio. E incluso recibimos nuevas propuestas, hasta el punto de tener que hacer encaje de bolillos para dar cabida a todas en el horario.

Lamentablemente, las inscripciones no fueron tan bien. Tras el alud de la primera semana, la



cosa llegó a detenerse casi por completo durante un mes, hasta el punto de que llegamos a plantear seriamente cancelar el evento por falta de asistentes. Al final, tras las altas recibidas en la última semana del plazo, llegamos a los 26 asistentes, cuatro por debajo del mínimo absoluto de 30 que nos habíamos marcado, y que creíamos que superaríamos con facilidad. Creemos que pesaron tanto las fechas como el difícil acceso en transporte público al lugar de celebración.

Las semanas anteriores a la mereth fueron frenéticas. Hubo que coordinar todos los temas de última hora, hacer un último viaje a Trefacio, preparar los mathoms de los asistentes y los colaboradores y rematar nuestros trajes, sin dejar de lado trabajo y estudios. Cuando llegué a Trefacio el jueves 22 a media tarde estaba exhausto, necesitado de esas pocas horas de calma antes del zafarrancho. Pero no pudo ser. Al revisar el inventario, me di cuenta de que me había dejado algunas cosas en casa, a más de 120 Kilómetros, con el agravante de que el día siguiente, 23 de abril, era festivo en Castilla y León. Afortunadamente, y con la ayuda de Númenor, pudimos sortear algunos de los olvidos, y otros pasaron desapercibidos para los asistentes. O eso queremos creer.

Gonzalo *Alatar* llegó a Trefacio el mismo viernes por la mañana. La suerte estaba echada.

Viernes

Los asistentes comenzaron a llegar a primera hora de la tarde. Algo que nos preocupaba era cómo mantenerlos entretenidos hasta la inauguración oficial, justo antes de la cena; afortunadamente, el problema se resolvió solo. Los socios de Minas Tirith intentaron bañarse en la piscina climatizada (que, debido a un error garrafal por nuestra parte, resultó estar cerrada temporalmente para tratarla con productos químicos), y luego, viendo que habían salido ilesos del baño químico, organizaron una memorable timba en el cenador del patio, de esas que atraen público por su espectacularidad.

Algunos de los visitantes venidos de más lejos iban a llegar tarde, por lo que decidimos, heroicamente, comenzar por lo más importante (o sea, la cena), y dejar las menudencias (como la inauguración) para después. Conque a las diez, justo después de dar el pistoletazo de salida al concurso de Twitter, nos sentamos a la mesa. La expedición númenóreana arribó casi al instante, como si hubieran olido las viandas, y los viajeros de Arthlond llegaron cuando servíamos los postres.

Tras unas breves palabras de bienvenida (nunca se me dieron bien estas cosas), la lectura de cuentos resultó, cuanto menos, interesante.

Así lo presagiaron la estelar entrada de Miguel *Mandos* transformado en Caballero de la Mesa Cuadrada (acompañado, en el apartado de efectos sonoros, por Eloy *Meneldil* y Manuel *Eärnur*), y el monólogo de ambientación a cargo de Elia *Tar-Míriel*. Participaron en la lectura algunos socios que no estaban presentes, enviándonos sus textos por Internet; algunos dentro del concurso de microrrelatos, otros fuera de él. También hubo quien leyó textos de su blog, o de un relato escrito por él. Por ello, aproximadamente la mitad de las intervenciones se hicieron leyendo la pantalla de un ordenador. No está mal. El punto negativo lo puso un inexplicable e inexcusable fallo informático que hizo que, por tres veces consecutivas, me empeñara en llamar a asistentes que no habían preparado ningún texto. Al final, recurrimos al socorrido método de pedir a quien quisiera leer que levantara la mano.

Como suele pasar la primera noche, la gente estaba cansada por el viaje. La mayoría de los mortales se retiró al terminar la lectura, salvo algunos héroes que intentamos batallar al sueño acampando en la salita de estar. No hace falta decir que no resistimos mucho.

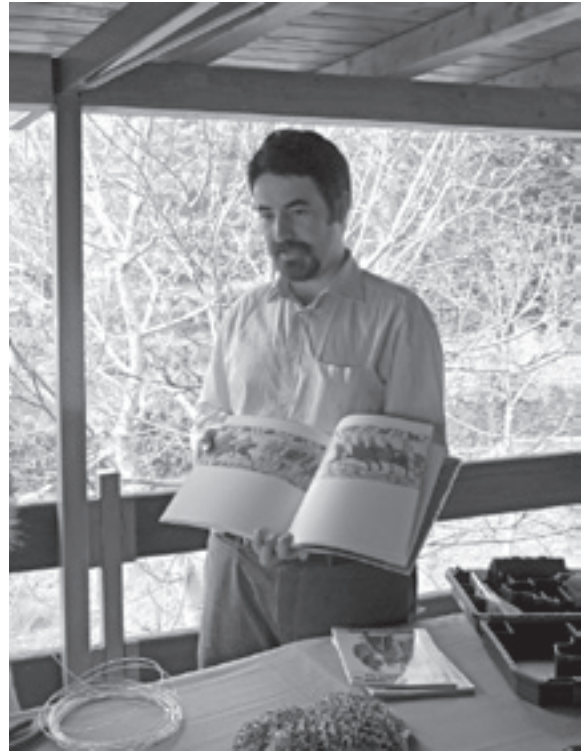
Sábado

La mañana empezó lenta. Mientras nos desperezábamos y hacíamos los primeros corrillos antes del desayuno, llegó Manolo *Analta Tinwë*, de Erebor. Con él ya estábamos todos.

La conferencia de la mañana, pronunciada por un servidor vuestro, comenzó con retraso: no es bueno, creedme, ser organizador y conferenciante al mismo tiempo. Al menos el material de la conferencia, los hechos y lugares históricos que posiblemente inspiraran las leyendas artúricas, interesó al auditorio. Tanto que a la conferencia le siguió un acalorado turno de ruegos y preguntas, más notable que la conferencia en sí, en el que debatimos sobre la fiabilidad de las fuentes históricas y la importancia de atenerse a datos contrastables.

Afortunadamente, a continuación había una no-actividad. Dos horas libres que la gente aprovechó para visitar Puebla de Sanabria y el cercano Lago de Sanabria, o para hacer una agradable ruta a caballo entre los bosques que rodean Trefacio. También hubo quien se quedó en la casa rural, charlando, echando una partida de cartas, o maquinando disidencias potterianas. Númenor tenía preparado un mini rol en vivo para este tiempo, pero finalmente no hubo ocasión de jugarlo.

Tras la comida, un rato libre, para charlar con los amigos, unirse al taller de siesta o, en el caso de los organizadores, tomar un café que nos preparara para afrontar la tarde.



Tarde que comenzó con talleres. La primera hora la compartieron los de Tiro con Arco y Fumado en Pipa. En el primero, los compañeros de Arthlond acompañaron a los asistentes a los campos del picadero cercano, donde unas dianas sujetas en enormes balas de paja sirvieron de objetivo para poner a prueba la puntería de los tiradores y medir sus progresos. Los caballos, sabiamente, se mantuvieron alejados de la zona; no puede decirse lo mismo de los gatos de la finca, que se paseaban tan campantes por el improvisado campo de tiro, obligando a los contendientes a hacer un alto el fuego cada poco, no fuera a convertirse aquello en un Tiro al Gato. Carlos *Roncar* mostró su lado más tierno recogiendo los del suelo y apartándolos de las dianas para que la práctica pudiera continuar.

El Taller de Fumado en Pipa, mientras tanto, se celebró en la salita de estar de la planta baja. Alberto *Alhyador*, de Minas Tirith, nos explicó la historia del tabaco para pipa, y nos instruyó en el arte de elegir una buena pipa y llenarla con picadura para disfrutar del humo aromático. Como os podéis imaginar, al poco todos estábamos, con mayor o menor éxito, poniendo en práctica lo aprendido, y no tardó en llenarse la sala de una intensa neblina que, sin duda alguna, podría cortarse con un cuchillo. Afortunadamente, al terminar la hora no tuvimos problema en encontrar la puerta de salida.



A continuación, en el Taller de Cotas de Malla, Eloy *Meneldil* y Francisco *Valandil* nos explicaron el uso de la malla metálica en las armaduras a lo largo de la historia, y nos enseñaron la forma de preparar nuestras propias mallas, anilla a anilla, para confeccionar cotas y otras prendas defensivas. En la media hora que duró la parte práctica del taller, apenas alcanzamos a tejer pequeños fragmentos de diez por diez centímetros, pero eso nos valió para aprender lo sencillo y laborioso que resulta este arte.

La conferencia de la tarde quedó a cargo de Rafa *Caradhras* y Miguel *Mandos*. Ambos gondorianos («tanto monta, monta tanto, Rafa como *Mandos*», se podría decir) exploraron la relación entre el Ciclo Artúrico y la obra de Tolkien, matizando algunas de las ideas más extendidas sobre el tema. El centro de su argumentación fue demostrar, a través de diversos datos, tanto literarios como lingüísticos, que las leyendas artúricas son de origen francés y que, por tanto, Tolkien las veía como algo foráneo, importado a Inglaterra durante la época de la dominación normanda y ajeno a la tradición anglosajona.

No todo va a ser trabajo, por lo que después de la conferencia tuvimos hora y media de tiempo libre, que los asistentes emplearon para dirimir diferencias espada en mano, disfrutar de los entornos de la casa rural y acicalarse para la noche.

Y llegó la hora esperada. Los caballeros, con sus trajes más lustrados, y las damas, con sus mejores galas, esperaban expectantes en la base de la escalera. Con un ligero retraso sobre el horario previsto, los muy nobles smales fueron convocados, uno a uno, al salón de banquetes. Según iban llegando, los comensales recibían nuestro mathom (una edición especial, encuadrada a mano, del relato de corte artúrico titulado *Lady Maria*) e iban tomando asiento a su gusto, en una de las dos largas mesas preparadas para la ocasión. Durante la cena hubo música, risas y bromas, e incluso algunos intentos tímidos de cantar. Lo típico. Menos habitual fue que nos

acompañara en el festín una fornida tabernera, Natalia *Kalruth*, que se mostró tan osada y gallarda como cualquiera de los renombrados caballeros con los que compartía mesa.

Tras los postres, procedimos a la votación de los Premios Merlín y a la entrega de mathoms, que fue inusualmente larga para una mereth de este tamaño, todo hay que decirlo. Comenzamos nosotros, que para eso jugábamos en casa, entregando un mathom conmemorativo a los smales colaboradores (a la sazón, Arthlond, Minas Tirith y el siempre presente Númenor), consistente en la Montaña Solitaria, emblema de Erebor, tallada artesanalmente en piedra de Villamayor por el padre de Gonzalo *Alatar*. El mismo presente fue entregado también a Emilio *Fingolfin*, ganador de los Premios Merlín de Microrrelato, y a Manuel, propietario de la casa rural, en agradecimiento a su colaboración.

La ceremonia terminó, por supuesto, con los mathoms traídos por los asistentes. Hubo de todo: el escudo de Sir Gawain (Minas Tirith), una réplica del Santo Grial (Edhellond), una Flecha Negra (Arthlond), un simpático dragón (Hammo), y la impresionante Excalibur, inserta no en un yunque sino en una roca (Númenor).

Para la Noche Intemporal teníamos en programa una performance musical traída por Hammo y una obra de teatro preparada por Númenor. Pero el ambiente no decaía y era difícil conseguir algo de orden para que la gente asistiera con la debida atención a las representaciones. Por ello, decidimos dejar que la fiesta continuara.

Por fin, según avanzaba el reloj, poco a poco la gente se fue retirando a las Estancias de Mandos, mientras algunos galos irreductos (más o menos los mismos de la noche anterior) acabamos en la salita de estar, donde se usó la vieja treta del «mathom espiritual» para disfrutar de unos chupitos, legales en toda regla por haber sido proporcionados por la organización ;-). Los mercenarios gondorianos intentaron una escaramuza en el bar del pueblo, sólo para encontrárselo cerrado y volver con las orejas gachas a la mencionada salita. Visto lo visto, no pasó mucho tiempo antes de que decidiéramos irnos a dormir.

Domingo

Si la mañana del sábado había empezado lenta, la del domingo a punto estuvo de no comenzar. La mesa redonda se inició, casi milagrosamente, dentro de horario, a lo que contribuyó, sin duda, que se celebrara junto a la mesa del desayuno. Guillermo *Tharkas* y Francisco *Valandil* tomaron el primer turno de palabra, para resumir la conferencia que, sobre el mismo tema, ya dieran en la EstelCon de Lórien, y algunas de las ideas



vertidas en el turno de ruegos y preguntas. A continuación, se sucedieron las intervenciones de los asistentes, muy variadas, pero todas ellas cuestionando qué es la STE y cómo la vemos hoy en día. Las conclusiones fueron múltiples, quizás mercedoras de un artículo en sí mismas, y no caben en esta modesta crónica.

Para aligerar el grave ambiente creado por la mesa redonda, Númenor (junto con algún que otro miembro de Minas Tirith) representó a continuación su obra de teatro, titulada «Rhosgobel 2011». En ella, los miembros del ficticio smial de Carabanchel Alto (¿fui yo el único que echó de menos a Manolito Gafotas?) se lanzaban de cabeza a organizar una EstelCon. Y, ciertamente, tengo yo mis dudas de que los númenóreanos no hayan estado espionándonos con cámaras ocultas. Porque relataron, punto por punto, nuestra experiencia preparando esta Mereth Artúrica, hasta el punto de robarnos la idea de pedir a Daniel *Ulmo* que nos organizara un killer. Y es que a menudo la realidad supera a la ficción.

El tiempo se agotaba. Los improvisados cambios de horario nos habían hecho prescindir del (opcional) Taller de Tarwendili. Sólo quedaba tiempo para la ceremonia de clausura, en la que intenté agradecer a colaboradores y asistentes el haber estado siempre ahí y cerrar los ojos cuando algo iba mal. Por último, leí, con la voz quebrada por la emoción, el final del último capítulo de *El Señor de los Anillos*. Casi me saltaron las lágrimas cuando pronuncié aquello de «Bueno, ya estoy de vuelta».

La comida fue alegre. Ya habría tiempo durante el viaje de vuelta para la melancolía. Tuvimos ocasión, incluso, de ver parte del episodio piloto de la serie «Edición Anterior», de la que, parece, hay más de un fan en la Sociedad Tolkien. Después, empaquetar rápidamente y montar en los coches. Aún quedaba alguna anécdota: la

llave de la habitación 10 y mi pendrive llegaron, acomodados en el bolsillo de Miguel *Mandos*, a Minas Tirith, de donde tuvieron que regresar a Erebor por correo.

Los súbditos del Rey Bajo la Montaña terminamos la jornada montando nuestro propio Taller de Tarwendili en la misa de 8 de San Vicente, y haciendo balance frente a unos cafés en el bar La Mina. Como no podía ser de otra forma.

Epílogo

Terminada la mereth, aquí seguimos, un poco más alegres y un poco más tristes. Echando la vista atrás, podemos decir que dar el paso de organizarla fue un salto al vacío que dimos sin saber cuan ancho o profundo era el precipicio, ni qué pasaría si nos estrellábamos. Pero, afortunadamente, nuestros compañeros (no, compañeros no; amigos) de la Sociedad Tolkien acudieron en nuestra ayuda. Fue gracias a ellos que pudimos volar hasta aterrizar confortablemente al otro lado. Esta mereth no habría sido nada sin los smiales colaboradores (Númenor, Minas Tirith y Arthlond), o sin los maravillosos e ilustrísimos huéspedes que nos acompañaron. Desde estas líneas os quiero expresar, en nombre del no-smial de Erebor, nuestro más sincero agradecimiento.

Gracias.



English Corner

Dear friends,
In this new issue we offer you the following contents:

- The first article *El sexo de los elfos* (The Sex of the Elves) by Helios De Rosario “Imrahil” is an essay that studies the literary and philological origins of the elves, and analyses where nowadays stereotypes of fairies and effeminate elves come from.
- After that, you will find *La historia jamás contada en El Hobbit* (The Story Never Told in The Hobbit) by Joan Gregori Bagur “Silventiniël Dracdargent”. This was the winner of the contest of “micro-stories” in the last Mereth Aderthad, and a few pages later you will find *La travesía del puerto de Pelargir* (The Crossing of Pelargir’s Haven) by Paco Soliva “Lórnilor”, another “micro-story” that received one of the awards.
- Between these two tales you will find *La ideología tolkieniana en sus cuentos infantiles* (Tolkien’s Ideology in his children stories), an article by Fernando Cid Lucas, where he analyses some philosophical aspects that appear in *Mr. Bliss* and *Roverandom*.
- In the middle pages you can read the poem *Oda a la Comarca* (Ode to the Shire) written by Leyre Lado “Peregrin Tuk” and illustrated by Lourdes Vélez “Beleg Arcofirme”, who are also the author and illustrator of the poem *A Tolkien* (To Tolkien) on the back page of this issue.
- After that, Alberto Tirado “Aeglos” offers us a report of the activities held during the Tolkien Day by the smial of Pelargir in Triana (Sevilla), an example for all the other smials.
- Minas Tirith (Granada) organized during those same days a seminar about Tolkien in the University of Granada, as already mentioned in the last issue. In this *Estel* you will find two articles about some themes discussed during this course. The first one, by Silvia Gutiérrez “Isilme”, is the article *Tolkien y los estudios de género* (Tolkien and the genre studies), an analysis about the frequent feminist criticisms on Tolkien’s work. On the other hand, Rafael Pascual “Caradhras” provides us with a “glamouros” *Grimorio filológico para lectores de El Señor de los Anillos* (Phylological Grimorium for Lord of the Rings readers), which explains the secret of magic in Tolkien’s world.
- And last, but not least, one further story and a report. The tale is *El cuento de la doncella* (The Tale of the Maiden) written by Joan Gregori “Silventiniël Dracdargent” for the lecture evening of the last EstelCon. The report is about the “Arthurian Mereth”, organized some months ago by the Smial of Erebor, inspired around the Arthurian legends.

As usual we hope you will enjoy this new issue and expect to meet you again for the next *Estel*.

Magalie Peiró
“Wilwarin Undómo”

Direcciones

COMISIÓN PERMANENTE:

Presidente:	Guillermo «Tharkas» Domínguez Cañizares	presidente@sociedadtolkien.org
Vicepresidente:	Rafael «Ranandil» Fortún Arrieta	vicepresidente@sociedadtolkien.org
Secretario:	Francisco «Valandil» Jaqueti Fuster	secretario@sociedadtolkien.org
Tesorero:	Marcos «Saruman» Nocete Doménech	tesorero@sociedadtolkien.org
Vocales:	Inés «Derrilyn» Santisteban Bravo Alicia «Iliel» González Rodríguez Eloy «Meneldil» Salcedo de Zárrega	

Webmaster:	Pablo Ruíz Múzquiz «Aranarth»	webmaster@sociedadtolkien.org
Enlace Biblioteca:	Daniel Morera Schultes «Ylmir»	biblioteca@sociedadtolkien.org
Editor de la Estel:	Paco Soliva García «Lórinlor»	lorinlor@telefonica.net
Contacto Estel en Internet:	Matilde Julián Seguí «Yavanna»	estel@sociedadtolkien.org

COMISIONES:

Artesanía:	Sylvia Vidal Ten «Fimbrethil»	artesania@sociedadtolkien.org
Gastronomía:	Jorge Poderoso Sebastián «Bombur»	gastronomia@sociedadtolkien.org
Juegos:	Joan Gregori Bagur «Silventiniel Dracdargent»	juegos@sociedadtolkien.org
Lenguas:	Helios De Rosario Martínez «Imrahil»	lenguas@sociedadtolkien.org
Literatura:	Antonio Rodríguez Gelado «Grichan»	literatura@sociedadtolkien.org
Música y bailes:	Andrés Moya Velázquez «Hirunatan»	musica-bailes@sociedadtolkien.org

SMIALES:

Montaraz - Socios sin Smial	Jorge Poderoso Sebastián «Bombur»	montaraz@sociedadtolkien.org
Acebeda - Salamanca	Ricardo García Núñez «Celebrimbor»	acebeda@sociedadtolkien.org
Arthlond - A Coruña	Natalia Ferreño Garea «Kalruth Flor de Toxo»	arthlond@sociedadtolkien.org
Cuernavilla - Cuenca	Jorge López Prieto «Erkenbrand Lalaith»	cuernavilla@sociedadtolkien.org
Edhellond - Valencia	Helios De Rosario Martínez «Imrahil»	edhellond@sociedadtolkien.org
Gondolin - Pamplona	Pilar Escalada Díez «Celebrinlas»	gondolin@sociedadtolkien.org
Hammo - Madrid	Marta Elia Serrano Balbuena «Níniel»	hammo@sociedadtolkien.org
Imladris - Valladolid	Rubén Briongos Gil «Balin de Imladris»	imladris@sociedadtolkien.org
Khazad-dûm - Zaragoza	María Jesús Lanzuela González «Selerkála»	khazaddum@sociedadtolkien.org
Lindon - Cantabria	Sonia Morales Caballero «Altáriel»	lindon@sociedadtolkien.org
Lórien - Barcelona	Áurea Pérez Abós «Eleanor Peucansat»	lorien@sociedadtolkien.org
Minas Tirith - Granada	Eloy Salcedo de Zárrega «Meneldil»	minastirith@sociedadtolkien.org
Mithlond - Elche	José Manuel Ferrández Bru «Gimli»	mithlond@sociedadtolkien.org
Númenor - Madrid	Elia Cañada Moreno «Tar-Míriel»	numenor@sociedadtolkien.org
Pelargir - Sevilla	Delia Martín Garwood «Narya-Mithrandir»	pelargir@sociedadtolkien.org
Tol Eressëa - Mallorca	Miguel Ozonas Gregori «Brög Morwaitho»	toleressea@sociedadtolkien.org
Umbar - Cartagena	Ignacio Conesa Zamora «Nornorë»	umbar@sociedadtolkien.org

Colabora en la Estel

Puedes enviar tu colaboración en un CD a la dirección:
C/ Planas 17, 2, 46006 (Valencia)
o a: estel@sociedadtolkien.org

pero tanto en un caso como en el otro te rogamos que tengas en cuenta estas indicaciones:

- Manda el texto y las imágenes de forma separada (se pierde calidad si las insertas en un fichero Word, por ejemplo).

- Rellena y envía la declaración sobre derechos de autor y publicación que encontrarás en el nº 52 o en la web: www.sociedadtolkien.org

- Los artículos de texto no deben superar las 4.000 palabras, deben incluir los ficheros de tipos de letra TrueType que no sean usuales (sobre todo si utilizas

tengwar, angerthas...) y deben enviarse en formato .doc, .rtf o .txt.

- Las imágenes o ilustraciones deben enviarse en formato .jpg y con una resolución de 300 ppp como recomendación general (menos de 150 ppp sería inaceptable).

En cualquier caso, siempre puedes ponerte en contacto con nosotros escribiendo a la dirección de e-mail anterior.

A Tolkien

Por Leyre Lado «Peregrin Tuk»

Cuando era pequeña
historias escuchaba
con los oídos atentos
mientras la abuela contaba:

Legendas de reyes
y cuentos de hadas.
Caballeros y dragones,
princesas encantadas,
enanos del bosque
y brujas malvadas.

Siempre soñando despierta
e inventando batallas.
Construyendo castillos
con arena de la playa.

Buscando tesoros ocultos
enterrados por piratas.
Con espadas de madera
y el poder que da una vara;
la imaginación lanza rayos
o bolas de fuego inventadas.

Crecí y olvidé mis juegos,
olvidé las guerras libradas,
en el patio de la escuela,
en las calles, en la plaza.

Un día encontré un libro
con una extraña portada.

Y unos curiosos seres
desde ella me miraban.
Descubrí tus historias,
volvió de nuevo la magia.
Los elfos y los enanos
habitaban en mi casa,
y al abrir las páginas
discutían o luchaban.

Todo cobró sentido
gracias a tus palabras.

Eru por fin llegó,
cantaron todos los Valar.
Aparecieron los cielos,
las montañas y las aguas.
Brillaron los dos árboles.
Las estrellas fueron creadas.
Y todas las criaturas
habitaron sobre Arda.

Pero siempre viene el daño
para acabar con la calma.
Llegó el ser más malvado
y era oscura su alma.

Amé a un personaje
perseguido por la desgracia,
quien huía del destino
bajo el nombre de Turambar.
Los hobbits me conquistaron,
Pippin Tuk de La Comarca.
El poder de los Istari
y la magia de Gandalf.
Fingolfin sonando el cuerno
a las puertas de Angband.

Los reyes más dignos,
las joyas más codiciadas.
Las guerras más tristes
que jamás fueron contadas.
Antiguos reinos caídos.
Las pérdidas desesperadas.
El valor de la amistad,
poder compartir la carga.
Luchar hasta la muerte
tan sólo por la esperanza.

Cuando Frodo partió al Oeste
sonreí mientras lloraba.
Pues con él también se iba
la magia reencontrada.

